

¿Luz sobre la “Negra sombra”?

Dionisio Gamallo Fierros

Formas de citación recomendadas

1 | Por referencia a esta publicación electrónica*

GAMALLO FIERROS, DIONISIO (2011 [1975]). “¿Luz sobre la ‘Negra sombra’?”. *Nordés*: 2-3, 55-84. Reedición en *poesiagalega.org*. *Arquivo de poéticas contemporáneas na cultura*.
<<http://www.poesiagalega.org/arquivo/ficha/f/899>>.

2 | Por referencia á publicación orixinal

GAMALLO FIERROS, DIONISIO (1975). “¿Luz sobre la ‘Negra sombra’?”. *Nordés*: 2-3, 55-84.

* Edición dispoñíbel desde o 17 de xuño de 2011 a partir dalgunha das tres vías seguintes: 1) arquivo facilitado polo autor/a ou editor/a, 2) documento existente en repositorios institucionais de acceso público, 3) copia dixitalizada polo equipo de *poesiagalega.org* coas autorizacións pertinentes cando así o demanda a lexislación sobre dereitos de autor. En relación coa primeira alternativa, podería haber diferenzas, xurdidas xa durante o proceso de edición orixinal, entre este texto en pdf e o realmente publicado no seu día. O GAAP e o equipo do proxecto agradecen a colaboración de autores e editores.

¿LUZ SOBE LA «NEGRA SOMBRA»?

A Luz Pozo Garza, y a Tomás Barros, que al escucharme, de palabra, mi tesis sobre «Negra Sombra», me incitaron a que le pusiera por escrito.

Por DIONISIO GAMALLO FIERROS

UNA OBSESION NUTRIDA EN MUY COMPLEJOS FACTORES.

Sería ingenuo suponer, dada la rica, angustiosa complejidad de las almas borrascosas y lo complicadísimo del general corazón humano, que el obsesivo estado de ánimo llamado «NEGRA SOMBRA» obedece en Rosalía a una sola causa, por decisoria que esta parezca. No. Nada de eso. Cuando sale a cuajarse en voz poética su interna «NEGRA SOMBRA», es en virtud de una «conspiración» de presupuestos biológicos y biográficos, de una convergencia de varios y heterogéneos (denominador común: la vida) factores, algunos de arrastre ancestral, que provocan un solo y grande efecto, impresionante estético y alarmador psíquico: la irrupción de la «NEGRA SOMBRA».

De antemano aclaro que no intento contradecir y menos subestimar (sí completar) lo que acerca de tan apasionante punto han afirmado, o sugerido, entre otros, García Martí y García Sabell, Carballo Calero y Ruf Carballo, Bouza Brey y Fernández de la Vega, José Luis Varela y Piñeiro, Alonso Montero y Marina Mayoral, etc. Tampoco es mi pretensión ser original. Excede a mis fuerzas. Voy a limitarme a coger unos hilos, hasta ahora sueltos, para ver de llegar, a través de ellos, al ovillo; a poner en contacto polos eléctricos (documentales) que por secciones más o menos próximas concurren a los mismos esclarecimientos. Confío en que tras unirlos saltarán chispas de luz, capaces de iluminar algunas caras de la poliédrica «negra sombra». Por economía de espacio y tiempo sacrificaré pretensiones estilísticas a la conveniencia de acarrear testimonios. El alma de Rosalía se envuelve, progresivamente, en sombras, reducibles a una sola NEGRA SOMBRA. Ello justifica que adoptemos el método cronológico.

¿NACIO ROSALIA EN PADRON...? SUS PRIMERAS ESENCIALES PREGUNTAS.

Rosalía (que yo sospecho —dando crédito a Moar Fandiño— nació en Padrón (1) es bautizada, como «HIJA DE PADRES INCOGNITOS») hija de dos NEGRAS SOMBRAS) en el Hospital Real, real Inclusa de Santiago (y hoy suntuoso Hotel) hacia las dos de la madrugada del 24 de febrero de 1837. Tal es la versión de García Martí. Si es cierta ¿no os extraña lo avanzado de la hora y en un mes tan climatológicamente duro...? Si la criatura procedía de Padrón y la habían sacado de esta villa, en la clandestinidad de las NEGRAS SOMBRAS de la noche, ya la cosa se explica. Advirtamos que en un padrón de empadronamiento municipal santiagués (de la etapa en que la poetisa, aún soltera, vive con su madre) Rosalía aparece como nacida en Padrón.

Hacia 1845, al filo de los ocho años, Rosalía se preguntaría y preguntaría:

(1) Madariaga en una semblanza de Rosalía (1972) escribe: «venía a Madrid a buscarse a sí misma, por no haberse encontrado todavía, ni en Santiago, donde la bautizaron. NI EN PADRON DONDE HABIA NACIDO». ¡Lo que no comprendemos es eso de que Rosalía tuviese que ir a Madrid para encontrarse a sí misma! Únicamente que tuviera que hallarse a través de un saudoso sentimiento de ausencia.

¿Dónde están mis padres...? ¿Quiénes son...? Es suponer que quien la crió (se dice que una hermana de su padre) le contestaría: han muerto: Rosalía, están en el cielo; o: tu madre está lejos, pero no tardará en venir. Siguen espesándose en torno a ella las sombras. Crece en soledad de ausencia paterno-maternal. Rof Carballo profundiza, con su finísima pluma, en este factor. Por si no lo conoce le brindo (en relación con sus tesis) estos versos del Cancionero popular, que adujo Moar Fandiño, en 1920, en su documentalmente importantísimo artículo «Negra sombra»: «Sola soy, sola nací, —sola me parió mi madre; —sola tengo de morir, —la Soledad (como advocación protectora y como subyacente estado de alma) me acompañe».

Y llega un día traumáticamente decisivo. Según unos en 1850. Yo solo lo encuentro documentado (por Moar) a partir de 1851, cuando Rosalía ya contaba CATORCE vidriosísimos años y estaba «a la defensiva». Me refiero a cuando se presenta ante ella, como su madre, una señora que probablemente ya era en Ortuño visita de la casa y que tal vez solía besarla con especial ahinco. Las «NEGRAS SOMBRAS» de momento se aclaran, se alegran. Mas pronto se espesan tristes, promoviendo que Rosalía se interrogue e interrogue, recelosa y asediante: ¿por qué tenerme engañada, hasta hoy, en la creencia de mi doble orfandad...? Ciertamente, esta madre suya ¿no se revelaba tarde...? A ella Rosalía «le dispararía»: ¿y mi padre...? ¿Qué es...? ¿Quién es...? ¿Cómo es...? Si vive, ¿dónde está...? Y nos permitimos suponer que en tal muy verosímil trance Rosalía volvió a ser BURLADA: «tu padre hace tiempo que murió. Era muy bueno. ¡Mucho te quería...!» Huelga advertir que nos estamos produciendo en la línea de lo hipotético y conjetural. Y de creer a su esposo Murguía ya para entonces, a los once años, en 1848, Rosalía había escrito sus primeros versos. ¡Lástima que no se conserven...! Podrían ayudar a cubrir el crucigrama.

Hacia 1851, en Santiago, Rosalía establece contacto con Aurelio Aguirre. Ella cuenta catorce años, él dieciocho y hace versos de corte esproncediano. Y acaso también, por entonces trata a un estricto coetáneo de Aurelio: Manuel Murguía. Que éste dé a entender, en 1857, al comentar «La Flor» de Rosalía, que no conoce a la autora, tiene fácil explicación: para que los elogios no sean atribuidos al impulso de la amistad. Respecto a la posibilidad de amores de Rosalía con Aguirre, que a la muerte (o suicidio) de éste proyectasen NEGRA SOMBRA, por lo que tengo hasta ahora leído y reflexionado me resisto a creerlo (2). Parece que a él sólo le atraía Rosalía desde el punto de vista literario y psicológico. Claro que como la receptora de la sombra es Rosalía, para alimentar la tesis de que esa sombra es la de Aguirre, sería suficiente un apasionado amor de ella por él, tanto más fuerte cuanto menos correspondido. Sin embargo de haber existido dichas relaciones amorosas no dejarían de haber llegado a conocimiento de Murguía. Y teniendo en cuenta el carácter susceptible y hasta irascible de éste, no se explicaría que haya dedicado a Aguirre la extensa y cariñosa semblanza incluida en «Los precursores»...

¿TRAUMAS E INTERIORES DESGARROS DE ROSALIA, HACIA 1855...? AGUIRRE EN APOGEO LITERARIO. EL BRINDIS DE CONJO. LA MARCHA DE ROSALIA A MADRID EN ABRIL DE 1856.

Recuerdo perfectamente de memoria que en una de las ocasiones en que Murguía escribió acerca de su esposa puntualizó algo así: «se sintió infeliz y experimentó disgustos y congojas, a partir de sus dieciocho años», es decir

(2) En julio de 1945 Alberto Machado da Rosa describe tales amores, y cree que la NEGRA SOMBRA la genera el recuerdo de Aguirre, tempranamente muerto. Como no documenta tal tesis no debe considerársela al menos en la medida en que él la expone. ¿acaso reservándose pruebas...?

a partir de 1855 (3). Coincide que es por entonces cuando se encuentra en compostelano auge literario Aurelio Aguirre, que cuenta 22 años. ¿Esas amarguras de Rosalía tendrían relación con el poeta que un año después, en 1856, protagoniza, con Pondal y Rodríguez Seoane, el principal papel en el acto literario «socialista» del brindis de Conjo...? Si atendiésemos a la tendencia de Madañaga a aproximar las almas de Rosalía y Aguirre propenderíamos a creerlo. Pero yo en principio no veo la cosa clara.

Un año después —Primavera de 1856— Rosalía se traslada a Madrid. ¿Va cargada, psicológicamente, con una gran decepción...? ¿Deja atrás, con Aguirre, el cuerpo de la futura NEGRA SOMBRA...? Desde hace años indago en ello y no encuentro nada que me confirme en dicha ardua pista. En todo caso, y aunque a veces Murguía no era excesivamente preciso (no olvidemos que su talante es romántico) no hay que echar en olvido esa referencia del historiador de Galicia acerca de que Rosalía comenzó su calvario de sombras a partir de 1855. Para mi sentir, la fúnebre procesión le andaba por dentro de los corredores y de las galerías de su espíritu desde bastantes años antes.

En abril de 1857 aparece en Madrid el libro de Rosalía «La Flor». En su segundo poema «Dos palomas» usa por vez primera el tremendo vocablo capital rosaliano: SOMBRA. Se refiere a dos palomas que se dan amorosamente el pico y que retratan sus caricias en la aurora, como «SOMBRA riente». Rosalía se encuentra entonces en los comienzos, o segundas partes, de sus amores con Murguía. Es el momento quizás más optimista y risueño de su existencia. Pero cabría objetar: SOMBRA RIENTE, ¡cuán poco reirás...! Ya en el tercer poema varía no poco la latitud del corazón, pero aun la SOMBRA que circula por los versos es fugaz. Surge en seguida «Fragmentos», en el cual ya se localizan reacciones que anuncian la Rosalía desolada del futuro: «cuando infeliz, me contemplé perdida - y el árbol de mi fe se desgajó». Ya se habla de sarcasmo y de risa sardónica, o enferma, y empieza a erigirse en el flanco del alma de la poetisa la muda estatua de la soledad. Hay un cielo de *sombrios nubarrones*, pero quizás lo más expresivo y premonitorio es cuando califica de vano el ¡ay! que lanza su desgarrado corazón «por el dolor de ESE VIVIR SOMBRIO». Esta adjetivación sombría es auguradora de patéticas SUBSTANTIVAS SOMBRAS. Sombras retóricas, miméticas por esproncedianas y zorrillescas, vagan por «La rosa del camposanto». Ciertamente «LA FLOR» de Rosalía aun no despide letal olor. El idilio con el que va a ser su esposo ha abierto un oasis en el erial de su vida.

UN ROMANCE DE AURELIO AGUIRRE, PRECURSOR AUNQUE PALIDO DE LA NEGRA SOMBRA ROSALIANA.

Aurelio Aguirre publica en Vigo, el 31 de agosto de 1857, su poemilla «El murmullo de las olas», que va a jugar papel decisivo, pero anecdótico (el semiplagio y hasta el plagio no tienen mayor importancia si van acompañados de asesinato, es decir: si el imitador se carga al imitado) en la forja de uno de las más traídas y llevadas composiciones de Rosalía: «Negra Sombra». Por entonces parece ser que el poeta estaba muy enamorado, pero no le atraía menos el mar, que ya sabéis es pérfido y voluptuoso como lo enigmático. Lo describe presionante, envolvente, ensañador, como exteriorizándose a través de todas las fuerzas naturales, en todo tiempo y lugar. Es como un obsesionante embrujo, pero que se manifiesta en predominante sesgo de delicia, no como sombra que ensombrece, y causa asombro, no como condenación, o fatalidad, sino más bien como testimonio de ventura. Sin embargo, y aun en blanda clave lírica, vais a ver cómo Aguirre anticipa actitudes reiterativas, que se poten-

(3) Declaraciones de Murguía recogidas en «Inéditos», de Juan Naya.

ciarán a lo trágico, a lo patético, veintitantos años más tarde, en la voz airada y herida de Rosalía:

«Dime tú, ser misterioso,
que en mi ser oculto moras,
sin que adivinar consiga
si eres realidad o SOMBRA.
Angel, mujer o delirio,
que bajo distintas formas
a mis ojos apareces
con LA NOCHE y con LA AURORA
Y A TODAS PARTES me sigues
solicita y cariñosa,
y en todas partes ME BUSCAS,
y en todas partes me nembras,
y estás conmigo si velo
y SI DUERMO en mí reposas
Y SI SUSPIRO, SUSPIRAS,
Y SI TRISTE LLORO, LLORAS...»

No cabe duda de que estos versos, familiares a Rosalía (era vieja amiga del autor) quedaron flotando en su subconsciente de lectora. Y ha sido don José María Moar (a quien nosotros conocimos en Santiago durante los cursos 1931 a 1934) el que primero se percató de ello. Lo hizo público el «El Compostelano» en el artículo «Negra sombra», el 1.º de junio de 1920, cuando aún vivía en La Coruña Murguía. En tal oportunidad reprodujo el fragmento atrás transcrito, y relacionándolo con el poema «Cando penso que te fuches...» (que a su vez inserta) dictaminó abusivamente, con notoria falta de equidad crítica: Rosalía, como se ve «APENAS HIZO OTRA COSA que traducir al gallego cuando hizo esta balada suya («Negra sombra») a la que dio relieve el músico Montes (La solía está en «Monclariz —Vigo— Santiago, Guía del Turista. Sucesores de Rivadeneyra, pág. 56»), cabiendo interpretar el poner DE RELIEVE LA MUSICA como una intención rebajadora de los niveles dramáticos, sobrecogedores, genialmente sintéticos, de la genial composición (poemilla por lo breve, poemazo por lo removedor y desesperado-impotente), con dos estrofas extremas plenas de protesta e inspirada irritación. El «tornas facéndome mofa», es más agarrador que todo el texto de Aguirre. Los cuatro últimos versos equivalen a darse por vencida, a constituirse en eterna prisionera de una sombra que ensombrece, que causa asombro, que proyecta maléfica sombra, aduciendo en relación con ello Moar Fandiño, en su mencionado artículo, esta copla de procedencia popular que pudo conocer Rosalía:

«Anda, vete de mi vera,
que tienes tú para mí
sombra de higuera negra»

en la que se alude a la exhalación, día y noche, de gases nocivos... por las higueras que producen fruto negro. Y en cuanto a las estrofas intermedias de «Cando penso que te fuches» son modelo de musical, fluida, muy sugerente movilización de la Naturaleza, las rotaciones de ésta se muestran cómplices de la NEGRA SOMBRA, incorporadas, de la NEGRA SOMBRA que implacablemente se ciñe AL CUERPO, como marcándolo muy de cerca. Se tiene que acompañar a lo sombrío el ritmo existencial de la inerme, pero estéticamente muy poderosa, Rosalía.

El 30 de Julio de 1858 Aurelio Aguirre muere hogado en una playa de La Coruña. Vicenti dijo que apareció, cuando bajó la marea, con las uñas clavadas en el légamo del fondo. ¿Es ello posible...? ¿Agarrarse de ese modo a la muerte, sin

que funcione, como resorte mecánico, el defensivo instinto vital...? ¿Congestión tras el baño...? ¿Suicidio...? ¡lástima no poder consultar el examen del médico forense de entonces, si aún se conserva en algún Archivo...! En todo caso y aunque se asegura que por aquellos días era amorosamente más feliz que nunca, con novia viguesa, o radicada en Vigo, Felisa Taboada, no debe darse al olvido (en relación con su tipo de muerte) que en el mencionado poema suyo «El murmullo de las olas» y aún en algunos otros, se muestre peligrosamente curioso ante la incógnita del mar. Encarándose con él lo emplaza así: «o estréllame contra una roca, —o dime lo que me dicen— con su murmullo tus olas». Quien así habla, y muere como él murió, da pie para que se le suponga morbosamente atraído por el mar, seducido por las olas, como si en ellas valsase la muerte una danza de invitación, acompasada de realidad o de SOMBRA. Para entonces Rosalía estaba en el momento álgido de sus relaciones amorosas con Murguía, lo que no le impidió escribir, con destino a una Corona fúnebre en homenaje a Aguirre, un poema de poca garra y sólo mediana calidad, que no contribuye a reforzar la tesis de los que se imaginan que Rosalía y Aurelio estuvieron enamorados, o que al menos fue el cuerpo de Aguirre, o su fantasma, quien interviene en la forja de la obsesión NEGRA SOMBRA.

¿CUANDO AVERIGUO ROSALIA HABER SIDO BAUTIZADA COMO «HIJA DE PADRES INCOGNITOS...?»

Si se tiene en cuenta que Rosalía y Murguía contrajeron matrimonio en Madrid el 10 de Octubre de 1858 (a los siete meses les nacería el prime hijo: Alejandra) y que entre los previos trámites figura aducir la partida de nacimiento de ambos cónyuges, es absolutamente lícito que yo imagine a Rosalía estableciendo por entonces primer contacto (si es que ya no lo había hecho antes, movida, en su caso, por muy explicable curiosidad) con el acta testificante de su arribo a la vida. Si fue así ¿cómo reaccionó su alma hiper-sensible al sentirse cruzada por el trallazo de esta revelación: «HIJA DE PADRES INCOGNITOS»? Todo un «retroactivo» horizonte de NEGRAS SOMBRAS se le echaban encima. Contra tal horizonte ella se rebelaba. Si acaso actuaría de relativo mitigante esta otra expresión: la «llevó la madrina, y va sin número, POR NO HABERSE PASADO A LA INCLUSA». Pero Rosalía se preguntaría a sí misma, antes de decidirse a preguntárselo a su madre, o consultárselo a su esposo: ¿por qué inscrita como HIJA DE PADRES INCOGNITOS? Y añadiría, razonadora: Mi madre, por lo menos mi madre, debió haberme reconocido. ¿Por qué no lo hizo...? ¿Por qué me negó...? ¿Qué se esconde tras ello? ¿Qué era y quién era mi padre...? ¿Llegó acaso Rosalía, por un momento, súbitamente soliviantada, a decir para sus adentros, refiriéndose a sus progenitores: DOS «NEGRAS SOMBRAS» élla y él, dos COBARDES NEGRAS SOMBRAS, rendidas, egoístamente, al buen nombre del crédito social, prisioneras de los prejuicios del tiempo, despreocupadas respecto de mí, olvidadizas de mi soberano derecho a socialmente ser y a saber. ¿O acaso fantaseo yo, y fue Murguía quien se cuidó de extraer copia del acta bautismal de Rosalía y ésta continuó ignorando las afrentosas circunstancias librescas, archivables, de su nacimiento...? No parece lógico aceptarlo así. Lo natural es que desde bastantes años antes la alarmada padronesa hurgase en sus orígenes, aunque también es posible —por lo que enseguida vamos a ver— que fuese tardíamente, en 1858, cuando ojos y mente, alma y corazón, recibieron el gran topetazo: «HIJA DE PADRES INCOGNITOS».

ROSALIA SANGRA POR SU LLAGA, EN PROSA Y EN VERSO.

Escasamente un año después del casamiento —1859— Rosalía publica su novela «La hija del mar», dedicada a su esposo: «A tí QUE ERES LA PERSONA A QUIEN MAS AMO...» (con otra estirpe de amor querría tanto o más a su madre,

y en 1863 ella había de ser antepuesta a Murguía). Sin embargo en uno de los pasajes iniciales de la narración el subconsciente (o la voluntad, lo consciente) va a traicionar, o a servir, a Rosalía. Esta ama a su madre. Con ella ha vivido el final período de los cuarenta, o con toda seguridad desde 1851, un medio recuperado entorno de ambiente familiar. Sí, quiere a su madre, pero dijérase que su humanísimo fondo de alma, que el prurito llamado dignidad, piden devolución de la afrenta, una suerte de venganza. A lo de «HIJA DE PADRES INCOGNITOS» ella tiene que responder, que corresponder. Le es imprescindible el desahogo, si ha de quedarse algo tranquila. Y desahoga, indirecta-literariamente (pero muy en DIRECTISIMO), al «fichar» así a la protagonista de la narración (:):

«HIJA DE UN MOMENTO DE PERDICION, su madre no tuvo siquiera para santificar su yerro AQUEL AMOR [también hubiera podido haber escrito VALOR] con que una madre desdichada HACE RESPETAR SU MIRADA ANTE TODAS LAS MIRADAS, DESDE LAS MAS PUDICAS HASTA LAS MAS HIPOCRITAS.= HIJA DEL AMOR, tal vez apenas la luz del día iluminó sus inocentes mejillas FUE DEPOSITADA EN UNA DE ESAS BENDITAS CASAS EN DONDE LA CARIDAD AJENA PUEDE DARLE LA VIDA, PUES DE SEGURO NO LE DARA UNA MADRE...» ¿Puede dudarse de que al escribir esto Rosalía sangra por su herida...? ¿Cabe discutir que no mana aquí, amargamente, lo inasimilable autobiográfico...?

Y curiosamente, un año mas tarde, se produce una reacción rosaliana conectable con la anterior, y quizás aún mas expresiva, en tanto en cuanto emerge a la superficie del verso desde una preocupación subyacente.

DE COMO EN «A GAITA GALEGA» (1860) DE ROSALIA UN TRASPLANTE PSICOLOGICO-TEMATICO PROVOCA ESTA ECUACION DE RAIZ OBSESIVA Y SANGRANTE: ESPAÑA, MADRE INGRATA DE GALICIA IGUAL A DOÑA MARIA TERESA DE CASTRO MADRE DESPRECIADORA Y SIN CORAZON DE ROSALIA.

En 1860 un poeta salmantino amante de Galicia y amigo de Murguía, dedica a éste un inspirado romance en lengua castellana «La gaita gallega. Eco Nacional», que comienza: «Cuando la gaita gallega - el pobre gaitero toca, - no sé lo que me sucede - que el llanto a mis ojos brota». Ver me figuro a Galicia, bella, pensativa y sola,...

LA VOZ DEL GRAVE INSTRUMENTO
suéname tan melancólica,
a mi alma revela tantas
desdichas, penas tan hondas,
QUE NO SE DECIROS
SI CANTA O SI LLORA.

A lo largo del romance el poeta castellano asedia el misterio del alma de Galicia, y reparando en que la gaita es el instrumento de su colectiva, regional expresión, no atreviéndose a descifrar el mensaje de la gaita en los cinco tiempos enuncia la misma conclusión perpleja:

«NO ACIERTO A DECIROS
SI CANTA O SI LLORA».

Pues bien, Murguía agradece la ofrenda Ruiz Aguilera y para darle cabal poética contestación, o acude a su esposa Rosalía, o ésta, espontáneamente, se siente impulsada a desvanecer la patético lírica duda del vate salmantino. Rosalía escribe entonces (¿ya en 1860...?) «A GAITA GALLEGA. Respota. Ao eminente poeta don Ventura Ruíz Aguilera». A los cinco tiempos de aquel la gallega res-

(4) Rosalía Castro: «La hija del mar».

ponde con otros tantos y al final le resuelve la duda respecto a la tesitura emocional de la gaita con este pesimista estribillo:

EU PODO DECIRCHE
NON CANTA, QUE CHORA.

En el tiempo IV Rosalía denuncia que una de las razones de que la gaita gallega llore se enraíza en la tristeza que siente al ver desamada a Galicia por la Patria grande: por España. Bien analizado, el pasaje implica una voluntad de amor de Rosalía respecto a todo el ámbito nacional. Como si acordándose de aquello del poema del Cid: ¡Oh qué buen vasallo - si hubiera buen señor!». Pensase: ¡Oh qué fiel hija Galicia, si con ella se comportase España como una verdadera madre! Pero vamos al texto:

Probe Galicia, non debes
chamarte nunca española,
qu'España de ti s'olvida
cando eres, ¡ay! tan hermosa.

Y de pronto el sesgo que sube desde el subconsciente autobiográfico de la propia poetisa:

CAL SI NA INFAMIA NACERAS,
TORPE, DE TI S'AVERGONZA,
Y A NAY QU'UN FILLO DESPREÇA
NAY SIN CORACON SE NOMA.

¿No responde esta comparación, este símil, trasplantado del campo de lo político-nacional, al pequeño predio de los recuerdos familiares, al mismo torcedor íntimo que un año antes, en 1859, inspiró los atrás transcritos pasajes de «La hija del mar»...? Yo así lo juzgo, y dada la proximidad de ambos brotes (1859 y 1860) al año —1858— del casamiento de Rosalía, medio me ratifico en mi impresión de que con motivo de reunir la documentación para sus bodas, la poetisa realizó tristes y marcadoras —en su alma— averiguaciones.

ROSALIA, AL LADO DE SU MADRE, EN LOS TIEMPOS INMEDIATAMENTE ANTERIORES (1861-1862) A LA MUERTE DE ESTA ¿HIZO D.ª MARIA TERESA «REVELACIONES» A SU HIJA...?

Desde finales de 1861 Rosalía se encuentra en Santiago, acompañando a su madre, D.ª María de Castro y Abadía, que anda mal de salud. Al iniciarse el verano —21 de junio 1862— la gravedad se acentúa. Doña María siente que la vida se le va. Hay que suponer que en ocasiones se queda a solas con su hija. ¿Le interroga ésta, con la mirada, en súplica de más luces acerca de su nacimiento...? ¿Se siente la enferma espontáneamente inclinada a hacerle grandes, esclarecedoras confesiones...? Sobre esto especulan unos y otros biógrafos, pero a nada definitivo —por falta de pruebas, fehacientes y categóricas— se atreven. Sin embargo algunos se lanzan a suponer que al ir a morir, doña María Teresa reveló a su hija las delicadas circunstancias paternas de su origen. Que le aclaró que era hija de un sacerdote y que le dijo el nombre de este sacerdote. Ramón Díaz Alegre llegó a revelar hace pocos años en 1965 haberle oído decir a Bouza Brey que Rosalía llegó a conocer a su padre e incluso a hablar con él. Pero me temo que de no encontrarse alguna prueba documental en el Archivo del gran rosalista don Fermín, todo quedará flotando en el precario aire del rumor. En todo caso, si Rosalía fue enterada acerca de la identificación de su padre, parece que nada se le dijo (yo sospecho que lo averiguó más tarde)

que algo tenía que ver con los orígenes de su nacimiento con el arranque del proceso de su gestación, el ámbito arquitectónico-conventual de San Lourenzo de Trasouto...

SOMBRAS EN VERSOS «A MI MADRE».—EL EXTRAÑO MIEDO A LA DE ESTA.

Tras la muerte de doña María Teresa (junio) Rosalía escribe los versos «A mi madre». Sino muy en caliente, aún dentro de la onda de las sentimentales honras fúnebres. Alterna con el pesar ese ritmo de casi mecánica obligación inherente al binomio «madre muerta - hija poetisa». Es evocado el triste paso de los días «cual vaga Sombra» y un poco más adelante se exclama: «¡Cuán NEGRAS las nubes pasan, - cuán turbio se ha vuelto el sol!». Dentro del prosaísmo de la expresión nos conmueve (por lo que puede tener de memoria de una situación años atrás vivida) el pasaje en que Rosalía deplora: «Ya no tuve desde entonces —una cariñosa voz— que me dijese: «Hija mía,—YO SOY LA QUE TE PARIO». Seguramente que cuando doña María Teresa se dio a conocer a Rosalía se lo dijo más llanamente: «yo soy tu madre». En el VI tiempo del poema se localiza un verso algo pre-machadiano: «Donde el ciprés erguido se levanta». Y mas adelante también el tono se levanta, al dar cuenta la poetisa de que tuvo un sueño. Lo dice con fórmula expresiva relacionable con otras de Ferrán, Becquer y Machado: «Ayer en sueños te ví... ¡Que triste cosa es soñar, y que triste despertar - de un triste sueño...!». Este centrarse en el clima del sueño imprime un rumbo más psicológico a la inspiración, la acendra. Una y otra vez su madre le repite «Ya estoy muerta», como si con el cesar de su propio sufrimiento disolviese el resquemor de su hija dándole la paz. Ambas han vivido —sospecho— como mutuamente estorbándose. Para doña María Teresa su hija era el vivo testimonio de la «deshonra», la encarnación de la caída. Para Rosalía, su madre, además de fuente de cariños, era —inevitablemente— manantial de mofas y de burlas, de que ella —«HIJA DE PADRES INCOGNITOS»— había sido objeto. Hay como una alternancia de aceptación y de rechazo en su voz. La madre como aparición fantasmal, en sueños, desata en la hija encontradas reacciones y antagónicos sentimientos: «Aún en sueños, TAN SOMBRIA - LA CONTEMPLA EN SU TERNURA, - que el alma con saña dura, - LA AMABA Y LA REPELIA». Y aún nos aproximamos más a la Rosalía que ha de girar en torno al eje de «negra sombra», cuando tras una estrofa gris, con aflojamiento de tensión, estira otra vez el parche del interior acento, para recriminarse a sí misma la actitud de rechazo y de pánico temperamental ante el fantasma de su madre: «Aquella o sea yo, la hija, Rosalía, a quien ella, doña María Teresa dió la vida tener MIEDO de su SOMBRA». En esta latitud cronológica 1863 parece como esbozarse que la sombra aborrecida por Rosalía, es la de su madre. No pasarán muchos años sin que la NEGRA SOMBRA sea mucho más densa y patéticamente proyectada por el cuerpo de su padre, el eclesiástico, el ensotonado de negro, o por su fantasma, por su alma desencarnada, en el caso de que el sacerdote Martínez Viojo hubiese muerto antes de que Rosalía escribiese «Cando penso que te fuches, negra SOMBRA que m'asombras». Y por cierto que en la frase última de muy desigual poema «A mi madre» hay un pasaje, con ecos del Romancero tradicional, en el que Rosalía clama: «¡Ay! la que tanto me amaba, - que aunque no estás a mi lado - y aunque tu voz no me llama, - tu SOMBRA, sí, sí... TU SOMBRA; - TU SOMBRA siempre me aguarda». Acumulación esta de sombras que supone un nuevo avance hacia el estado de conciencia de SOMBRA-OBSESION.

EL AGORERO SIMBOLICO «MOUCHO» DE «CANTARES GALEGOS».

Casi simultáneamente con «Versos a mi madre» apareció el primer libro importante poético de Rosalía: «Cantares Gallegos». Fechada su dedicatoria en

Santiago, el 17 de mayo de 1863, contiene versos que por lo menos tienen antigüedad de 1858 y 59. Los saltarines ritmos cortos, los temas regocijantes y humorísticos, el asomarse a la romera y gaiteril vida colectiva aldeana, abren como oasis de felicidad, como fanales de clara y equilibrada juventud, antes de que la obra literaria de madurez («Follas Novas» y «En las orillas del Sar») se fije el fondo borrascoso. Sin embargo no podían faltar en el primer libro gallego los temas dramáticos, patéticos, conflictivos. En los que respecta la actitud cívico-gallega anticentralista basta recordar «¡Castellanos de Castilla!» y «A gaita gallega». Pero desde el punto de vista de crispación interior, de posible actitud jaque —desafiante— psicológica, permitidme detenerme unos instantes en la consideración de la composición XVI. Lleva al frente, en cursiva, unos versos que supongo de extracción popular: «Eu ben vin estar o moucho - enriba d'a quel penedo: —¡NON CHE TEÑO MEDO, MOUCHO,— MOUCHO, NON CHE TEÑO MEDO», versos estos que a modo de estribillo vuelven a reiterarse a lo largo del poema. Pues bien, a mí este poema me da no poco que pensar, desde hace mucho tiempo. Es mucho moucho este moucho! que se aparece a una persona (¿acaso a la madre de Rosalía...?) como un recuerdo delator, como el símbolo de una tentación antigua que había llegado a consumarse en pecado. Una vez que doña María Teresa Abadía confesó a su hija (en el supuesto de que lo hubiera hecho) que había sido seducida por un sacerdote, es lógico suponer que trató de disculpar su caída, de explicársela a su hija, la literata. Pero la escritora era ésta. ¿Cabe suponer, en el muy movedizo terreno de la hipótesis, que puesto que la madre no sabía escribir, fue la hija quien reconstituyó, en verso, el encuentro que andando los años pudo tener doña María Teresa con su antiguo amador? Conjeturalmente, provisionalmente, con toda clase de cautelas, aceptémoslo. El poemilla tiene mucha línea simbólico-argumental, y enorme cantidad de «metralla» psicológica dentro. Se divide en dos tiempos. Comienza así el I:

«Unha noite, noite negra,
 com'os pesares qu'eu teño,
 noite filla das SOMBRISAS
 ALÁS que extenden os MEDOS;
 hora en que cantan os galos,
 hora en que xemen os ventos,
 en qu'as «meigas» bailan, bailan,
 xuntas có DEMO pirmeiro,

.....

 INDO CAMIÑO DA IGREXA,

(a esta evocación de vecindad eclesiástica yo me permito darle alguna importancia, aún exponiéndome a pasarme de listo)

soya cos meus pensamentos
 cabo da fonte da Virxe
 pretiño do cimiterio,
 dempois de sentir un sopro
 que me deixou sin alento:
 EU BEN VIN ESTAR O MOUCHO
 ENRIBA D'AQUEL PENEDO»

Así remata el primer tiempo del poema y antes de seguir adelante lo que tengo que advertir es lo que cualquiera ve. El tal moucho es más que un moucho, es quizás un «pájaro de cuenta», o simplemente un ser humano con pasiones muy humanas. Ese moucho es el trasunto (como las clásicas ranas y avispa del teatro aristofanesco, como tantos animalitos de las fábulas) de una persona de carne y hueso, en este caso concreto de un temido —por los recuerdos que desata—

ser humano. Ante tal moucho la madre de Rosalía, o ésta, o la que tuere, se crispa de miedo. Oído al comienzo del tiempo II:

«Arrepuiñadas todas
as carne se me puñeron,
e os cabelos no curuto
forçns'erguendo direitos:
.....
e tembraba como tremban
as augas cando fay vento,
.....
.....
Aquél moucho alí fincado,
CAL SI FOSE O MESMO DEMO,
fito a fito me miraba
có seus OLLOS RAPIÑEIROS,
que coidei que me roubaban
non máis que de lonxe velos.
De lume me paresían
e que me queimaron penso;
penso qu' ERAN TIZOS ROXOS
DA FOGUEIRA DOS INFERNOS
que pó-las niñas me entraron
hastr'o coraçon dereitos.
EN EL REMORSOS HABIA
D'AMORIÑOS PECADENTOS...
¡Ay, quen ten d'esos amores
non pod'achar bon sosiego!

Y en el pasaje final del tiempo II, y último, la escena aún se ambienta climáticamente más galaica:

«Chovía si Dios ten auga,
ventaba en tódo-los ventos,
e ensarrapicada toda
a camiñar non m'atrevo,
qué O MOUCHO, FITA QUE FITA,
M'ASPERA NA QUEL PENEDO,

Tras lo cual invoca a la Virgen, reza un Ave María, y renovada de fuerzas

corro a enriba dó valado,
brinco en baixo dó portelo,
e d'end'e alí, BERRO ENTONCES
CON CANTAS FORZAS EU TEÑO:
NON CHE TEÑO MEDO, MOUCHO,
MOUCHO, NON CHE TEÑO MEDO.»

Insisto en que el tal moucho es la carátula de alguien que remueve turbias aguas, oscuros lodos, en la mujer que de pronto yendo camino de una iglesia (¿no sería un reflejo del camino del Convento de San Lorenzo...?) se ha encontrado con él, desafiándola, atrayéndola, con demoníacos ojos de ave de presa. Y creo observar no sé que extraño parentesco temperamental entre ese moucho que parece «o mesmo demo» y que exhume recuerdos de amores pecadores en el corazón de la protagonista del poema, y «o trasno do Convento», y «a alma limpa dún monxe - sumerxida n'os lodos mundanos», de los poemas de «Follas Novas» (1880) «N'ó craustro» y «San Lourenzo», que ya luego vereis como son primerisi-

mas pruebas de convicción en esta especie de «proceso» que le hemos abierto al tema rosaliano de «negra sombra». Y ahora vamos a entrar en una fase decisiva del tal proceso a pisar sobre más firme terreno documental. A poemas abstractos van a suceder textos más atendibles y reveladores, por más espontáneamente desprevenidos y cotidianos. Primeramente una muy inquietante carta dirigida por Rosalía (en Santiago) a su marido Murguía (en Madrid).

MURGUIA, NO QUERIA LLEVAR A SAN LORENZO A ROSALIA.

En Julio de 1953 nuestro viejo y buen amigo Juan Naya Pérez nos regaló a todos con un haz de interesantísimos «Inéditos de Rosalía», por él atinadamente comentados. Yo dí un bote en mi silla de lector (y más adelante sabréis el por qué) al encontrarme con que en una de las exhumadas cartas de Rosalía a su esposo, ya promediado el texto, me salía al paso, como ayudando a Moar, y a través de éste a mí.

«Ayer fuí a paseo con Peregrina Compañel [Naya aclara que posiblemente hermana del impresor vigués Juan Compañel, amigo y editor de Murguía] y con Tomás, y ENTRAMOS EN SAN LORENZO. Excuso decirte cuanto me acordaría de tí. Ví aquel patio plantado de bojés con aquella fuente profunda y aquella Virgen de piedra, todo lo cual me ha dejado encantada. ¡Qué silencio tan inmenso!». Y seguidamente la para mi gran revelación, una en principio extrañísima queja: «Y TU NUNCA HAS QUERIDO LLEVARME ALLI!». Disculpad que ponga tan de bulto y relieve tal expresión, que no hubiera surtido en mí tanto efecto, si no pasase enseguida a relacionarla con afirmaciones hechas públicas por don José María Moar Fandiño (casi seguro ignorante de la antedicha carta, factor que debe de tenerse muy en cuenta) en junio de 1920, en «El Compostelano, en el artículo «Negra sombra». Dicho artículo dista mucho de ser una pieza literaria. Es en cambio rico depósito documental. Moar era un buen buscador de papeles. Cuando yo le conocí era socialmente esquivo, huidizo. Aparte de razones de carácter, lo atribuí a que le había crecido en la frente un voluminoso y entiestético tumor. Me facilitó, espontáneamente, copia de un oficio dirigido por el Rector Viñas a mi abuelo el pintor Fierros, en relación con un retrato que este había hecho del médico Varela de Montes, el que bajo su capa llevó a bautizar a Rosalía. Y fue andando los años, allá por 1946 cuando un hijo suyo, maestro cerca de Vivero, me dio el recorte del artículo rosaliano del año 1920. Lo escribe cuando aún vive Murguía y a éste Moar le tenía mezcla de respeto y miedo. De ahí el párrafo más revelador del artículo sea también el más deliberadamente confuso. Moar quiere descorrer velos y lo hace sólo a medias. No se atreve. Reproduce interesantes padrones de vecindad de Rosalía y su madre en Santiago, y luego de Murguía, Rosalía y sus hijos. Por tales documentos venimos a averiguar que la madre de Rosalía residía en Santiago desde 1831, y que en 1851 aparece en dicha Ciudad acompañada de su hija. Moar niega que la poetisa haya nacido en Compostela y añade: «Podría yo citar PERSONAS QUE PRESENCIARON EL NACIMIENTO EN PADRON». Claro que en tal caso tendría que tratarse de personas nonagenarias. Según unos apuntes de su hijo, Moar nació en 1878, aunque otro biógrafo suyo apunte que fue en 1870. Reconozco que el Profesor de la Normal (Moar Fandiño) nos sume en perplejidades, pero también abre posibles pistas reveladoras, con este párrafo:

«Y conozco sobrinos del padre [del padre de Rosalía] EXCLAUSTRADOS LOS FRAILES DE SAN LORENZO POR LOS LIBERALES [recordemos que ello sucedió en 1835, dos años antes del nacimiento de la poetisa], EL ALUDIDO SR. T... conoció a doña Teresa (la madre de Rosalía) SIENDO ALLI (o sea en San Lorenzo) SU PROFESOR. Rosalía habló de su padre como tal (padre) a UN PRIMO PATERNO DE ELLA QUE YO TRATO». ¡Oh que galimatías, en buena parte vo-

luntario, sospecho que por miedo a la posible reacción de Murguía...! «Pero vamos a ordenar «los períodos» como si se tratase de un texto latino. Ese «primo paterno» de Rosalía es —creo— uno de esos «sobrinos del padre» a que alude al principio, muy probablemente hijo ese «ALUDIDO SR. T...» que en San Lorenzo fue profesor de la madre de Rosalía. ¡Claro que se puede argüir que esta era en 1835-36 demasiado talludita para ser alumna, puesto que había nacido en 18! Sin embargo, no olvidemos que en aquellas calendas señoritas semicuarentonas y solteras tenían preceptores y maestros de piano hasta muy tarde. Aparte de que en el Convento de San Lorenzo vaciado de monjes debió de haber también por entonces alguna Institución caritativa, hospital, o ropero, con posible benéfica intervención de damas y señoritas de la buena sociedad.

Y a todo esto os habreis preguntado lo que yo; ¿a quién alude Moar con esa expresión «EL ALUDIDO SR. T...? No creáis que no le he dado mil vueltas en mi cabeza. Si Moar hubiera escrito «el aludido Sr. M. V.», aunque no hubiera habido la normal referencia antecedente ya nos atreveríamos a pensar una solución para la charada». Interpretáramos así las siglas: Sr. Martínez Viojo. En cualquier caso varias veces leímos y releímos el artículo en busca de la subsodicha precedente referencia al Sr T... No dimos con ella. Entonces nos ocurrió echar un vistazo a las anteriores colaboraciones de Moar Fandiño en «El Compostelano». En una de ellas topamos con algo que me atrevo a pensar pudiera ser un rayo de luz. Moar cita como amigo suyo a un Sr. Tobío (¿el aludido Sr. T.?) que es compañero suyo como Maestro, en la Escuela Normal de Santiago, y que por lo que he averiguado era sobrino del Sr. Martínez Viojo. Es decir: yo tengo la sensación de que los Tobío fueron la fuente de información rosaliana del Sr. Moar, que por prudencia no los nombra Tobío, sino simplemente T.

Sospecho que entre 1870 y 1875 se le fueron desvelando a Rosalía muchas circunstancias y detalles acerca de su pasado. Acaso fue por entonces (o ligeramente más tarde) cuando se produjeron los hechos que han dado pie para que Ramón González Alegre (que eruditamente es poco de fiar) escriba en junio de 1962, y publique en 1965: «El problema de la paternidad en Rosalía es el acento más destacado de todo su dolor y envuelve casi toda su obra. Los primeros años, discurren para ella normales, felices, [¡no, no, no tan normales y felices...!], incluso el tiempo de Compostela, hasta que su madre, ya en el lecho de muerte [junio 1862] LE REVELE EL NOMBRE DE SU PADRE, un sacerdote compostelano. AL QUE ROSALIA LLEGO A CONOCER E INCLUSO A HABLAR, AL DECIR DE *don Fermín Bolza Brey*». Este ya es mucho más de fiar que G. Alegre y es lástima se haya muerto sin proyectar pública luz (puede proyectarla su familiar archivo) sobre las zonas en sombra de los orígenes de Rosalía. Y no debemos omitir que bastantes años antes de 1962, conversando yo con el berciano galleguizado, con Moncho, le expuse mis tesis rosalianas, en las que siempre recaía el acento sobre la clave paterna como indispensable para descifrar los poemas crucigramáticos de Rosalía. Dichos poemas se escribieron entre 1870 y 1880, y en este último año se integraron en «FOLLAS NOVAS». Cumple una incursión por libro tan capital, rastreando las huellas de los pánicos, de los miedos, de los malos recuerdos, sobresaltadores del alarmante sistema nervioso de Rosalía.

RASTREO DE LA «NEGRA SOMBRA» EN «FOLLAS NOVAS».

En el libro primero «VAGUEDAS» (¡qué certera, borrosamente también, está elegido dicho rótulo...! la poetisa, casi en los comienzos, declara que las ideas y las imágenes que ella tiene «agora ASOMBRAN - agora acrarán, [mas ensombrecen que acrarán] o fondo sin fondo [voluntariamente sin fondo, como a fondo perdido] d'o que non se ve». ¿Es una cosa, o es una persona VIVIENTE...? Poco más adelante nos habla del clavo clavado en su corazón, cuyo dolor le resultará indispensable compañía, sintiéndose como vaciada de razón existencial cuando

note la falta de tan lacerante clavo. En el poema XII, entre post-becqueriano y pre-machadiano, Rosalía clama: «Antre cantos sarcasmos, - hay, ha d'haber, e houbo, - non vin ningún qu'abata mais os vivos - qu'o d'a humilde quietu d'un corpo morto». Y debo aclarar que en esta evocación ya no hay crispaciones, sino mas bien serenidad, y reconocer que para Rosalía hubo bastantes más muertos (en añoranza y en perspectiva de futuro) que su padre. No incurra yo en embizcamientos, y mida de refilón hacia unos cálculos meramente hipotéticos. No. Nada de eso. En «Follas Novas» alternan tensiones contradictorias, como despistadoras. A una vivencia fúnebre-mortificante, desequilibradora del ánimo, sucede la remembranza de una compañía que se perfila idílica, amorosa (...¡Agora... tan soyo penso, - meu ben, si m'olvidarías!), o la denuncia de que le atrae, suicidamente, el mar.

En el «Libro Segundo» de «Follas Novas», el título «¡DO INTIMO!» sugiere como si Rosalía se diese a sí misma la consigna; ¡adentro...! ¡más adentro...!, ¡hasta el fondo del alma...! ¡incluso hasta remover los posos más desagradables de mi conciencia...! En el poema inicial «¡ADIOS!» se despide de las tierras del Sar y Sarela (los ríos de quietas, tristes, morbosas aguas), pero es el quinto verso el que más nos interesa a nosotros ahora: «San Lourenzo O ESCONDIDO cal un niño antr'as ramas...». Y también el séptimo: «Santo Domingo, EN ONDE CANT'EU QUIXEN DESCANSA». Ojo con esto. No recuerdo en este instante si la madre de Rosalía fue enterrada en Santo Domingo (en su cementerio). Si creo estar cierto de que allí se enterró Aguirre, pero tal vez también Adriano, el malogrado hijo de Rosalía. El poema que comentamos de adiós a una geografía ligada a su pasado y a su corazón) al final se transforma también en prematuro adiós a la vida: «Y eu..., mais eu, ¡nada temo n'o mundo, - QU'A MORTE ME TARDA!».

El deseo de morir de Rosalía sospecho que se entraña en su impotencia para el olvidar. Son temporales del alma no del cuerpo, los que la traen a mal traer con la vida. Le conturba tener que proclamar: «¡odio!, fillo d'o inferno, - pode acaba-lo amor, MAIS TI N'ACABAS - MAMORIA QUE RECORDA-LAS OFENSAS. Sí, sí, ¡DE TAL MAL HAYA!». A veces el ámbito catedralicio de Compostela le invita a encontrar en él la paz. Y a él acude solícita, bienintencionada. Pero hasta en las figuras del Pórtico se alzan ante ella los fantasmas burladores. No es la Gloria, sino el Infierno, del gran monumento escultórico, quien la señorea y la domina. Las almas de los condenados le hacen estremecer: «¡Cómo me miran facendo moecas...», «¡como me firen!... Voume, sí, voume - ¡QUE TENO MEDO!...» Pero aún aguanto dentro del templo, e «fixen mamoria D'OS MEUS SACRETOS...», «POL-ÓS VERDUGOS D'O MEU ESPRITO - recey..., e funme, pois TINA MEDO». Y aún resulta más denunciante que en el poema que sigue se esboce su impulso a acercarse a las orillas del Sar y precipitarse en sus aguas, porque «¡Quero quedar ond'os meus dores foron!». Ella llora de noche, y si ésta sale de sus tinieblas por medio de la diaria aurora, en cambio la noche de su dolor no rota hacia el liberador amanecer: no se acaba nunca. Como Bécquer, en aquella noche en que lloró y maldijo, y envejeció, Rosalía apunta sarcástica, aunque con otras palabras: «expiraba la luz y en mis balcones - reía el sol». Pero en «Amores cativos» otra vez Rosalía hace una finta, borradora de las anteriores huellas: «era un amor sin medida, - ¡era un castigo de Dios!». Su alusión a «NEGROS AMORES» que turban las conciencias y queman cuando miran (el climax es relacionable con el poemilla del moucho), no sabe uno si se refieren a personales pretéritos amores (AL GRAN SECRETO PRE-MATRIMONIAL DE LA POETISA), o a las relaciones entre doña María Teresa y el sacerdote, que dieron lugar al nacimiento de Rosalía y pábulo a mil murmuraciones.

A través del estremecedor sarcasmo «DE BALDE...» (¡que'nterrar han de enterrarme aunque non lles den diñeiro !...», e de «Ladraban contra mí... conectable con una de las «Rimas» más logradas de Bécquer (la LXVI) y que exhala vahos de adulterio, surgen tres bravos, ululantes poemillas, que es indispensable:

reproducir. Destacaremos en mayúsculas los instantes más denunciadores. Equivaldrá al más escarbador comentario y abrirá márgenes de respeto para que los llenen vuestras personales reacciones lectoras.

EL POEMA «NEGRA SOMBRA», COMO CULMINACION DE UN TREBOL DE ESENCIALES INTROSPECCIONES.

Se localiza en «Follas Novas» un alpinismo dramático en tres escaladas. O una bajada al fondo del espíritu. He aquí el primer intento:

«¡Mar!
¡Mar!, c'as tuas augas sin fondo,
¡ceo!, c'a tua inmensidá,
O FANTASMA QUE M'ATERRA
AXUDADEME A ENTERRAR.
E mais grande que vos todos
e que todos pode mais...
C'un pe posto onde brillan os astros,
e outro ond'a coba me fan.
IMPRACABRE, BULRON E SANUDO,
DIANTE DE MIN SEMPRES VAI,
(¡ella también va, obsesivamente, siempre detrás de él...!)
Y AMENAZA PERSEGUIRME,
HASTR'A MESMA ETERNIDA».

¿Quién, o de quién, es este tema fantasma...? A mí casi no me cabe duda de que es el que proyecta la NEGRA SOMBRA. Este poemilla es el primero de los tres tiempos de adensamiento, de condensación, del fatal cuajo «NEGRA SOMBRA» (5). El tramo segundo hacia la irrupción total, lo marca el poemilla que sigue, no menos corpulentamente prieto y conciso:

«Caba lixëiro, caba,
xigante pensamento,
CABA UN FONDO BURATO OND»A MEMORIA
D'O PASADO ENTERREMOS.
¡A TERRA C'OS DIFUNTOS!
¡Caba, caba lixeiro!
e por lousa daráslle O NEGRO OLVIDO,
Y-A NADA lle darás por simiterio.

Y tras este poemilla se abre lo que Juan Ramón llamaría ESTACION TOTAL DE LA NEGRA SOMBRA, el SUMO CUAJO ATERRADOR: el único poema hasta ahora integrador y desintegrador —en punto a análisis literarios— del estado obsesivo «negra sombra». En la edición Príncipe de «Follas Novas» (1880, La Habana) ocupa la página 52. A esa versión original vamos a atenernos, aunque por fortuna no sufrió alteraciones (ni siquiera en punto a ortografía) en tanta posterior reimpresión. Los encontrareis en las páginas centrales del presente número de «NORDES».

En los poemas que siguen de nuevo socavan nuestra tesis bi-polaridades, multi-tensiones. Otra vez vuelven remembranzas de amor, que se perfilan como adscritos al varillaje del abanico de los recuerdos personalísimamente rosalianos: «Lévame a aquela fonte cristaiña... Lévame pol-a man cal n'outros días... - Mais

(5) La inter-relación de estos tres poemillas también la ha visto Carballo Calero. Pero él tiende más a conectarlas en el plano de lo teórico-abstracto que de lo biográfico-concreto.

non, que TEÑO MEDO - de ver n'ó cristal líquido - A SOMBRA d'aquel NEGRO - desengano sin cura nin consolo - qu'antr'ós dous puxo o tempo». Una vez más la atención se hace retroactiva y nos conduce a la Rosalía pre-murguiana, a la de los herméticos, decisivos años, 1851 a 1856. ¡Qué poco se sabe de ellos...! ¡Cuántos esclarecedores papeles en torno a entonces deben de haber sido rotos...! Malhaya quien los haya destrozado. Nos eran indispensables, no para satisfacer curiosidades malsanas, sino para ayudarnos a descifrar tantos y tantos poemas, con claves auobiográficas, de Rosalía. Sin esas cartas echadas al fuego, sin esas memorias hechas trizas, somos invidentes, más que sonámbulos, en el Reino de las nubes y sombras negras: Imperio de la Nada.

¿CUANDO MURIO EL PADRE DE ROSALIA...? ¿ALUDIRAN A SU ENTERRAMIENTO UNOS VERSOS DE, «¡PADRON! ¡PADRON!».

Por fuerza tenemos que proceder a saltos, dejando atrás poemas tan significativos como «A xusticia pol-a man» (de mano maestra lo ha glosado Alonso Montero), y pasar a recordar que es un enigma (entre los papeles dejados por Bouza Brey quizás esté aclarado) cuándo murió el padre de Rosalía y en dónde fueron sepultados sus restos. PROVISIONALMENTE me permito sospechar que falleció entre 1870 y 1875, antes de cumplir ochenta años y que fue enterrado en Padrón. Y ya lanzado por el disparadero de las conjeturas (¡el que no se expone, no pasa la mar...!) hasta me arrojó a «visionear» que en el famoso poema de Rosalía «¡Padrón! ¡Padrón!...» pudiera encerrarse la reacción rosaliana necrológico-poética ante el acabamiento físico de su progenitor, que a partir de ahora será mas NEGRA SOMBRA que nunca, ya no sombra promovida por un mal recuerdo, sino proyectada por un cuerpo físico viviente, SOMBRA FANTASMAL; la sombra de un alma desencarnada. En el tiempo II del mencionado poema (también incluido en el «Libro Segundo» de «Follas Novas») se lee:

«O simiterio d'Adina
n'hay duda qu'e encantador,
.....
Moito te quixen un tempo,
simiterio encantador,
c'os teu olivos escuros,
mais vellos qu'os meus abós;
.....
Moito te quixen e quérote,
eso ben o sabe Dios,
MAIS HOXE, O PENSAR EN TI,
NUBRASEME O CORAZON,
QU'A TERRA ESTA REMOVIDA,
NEGRA E SIN FROLS...
¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa María... Lestrove...
¡Adios! ¡Adios!

¿Por qué ese «NEGRO ANUBRARSEME» el corazón ante la NEGRA tierra (en Rosalía la NUBE NEGRA era nuncio de la NEGRA SOMBRA)? ¿Por qué este sentir el asalto de las SOMBRAS al evocar el cementerio padronés...? Su madre fue enterrada en Santiago. Su hijo Adriano, creo que también. Además, la casi huracanada expresión «A terra está removida, - NEGRA E SIN FROLS...» apunta al erizado reciente sepultamiento de algo patético y desolador. ¡Cuidado que es nihilista y desértico ese «SIN FROLS»! ¡Hasta resulta inmesicorde, e inhospitalario, en la pluma de quien como Rosalía vivió unos orígenes de hospitalaria-inclusa, aunque luego no fuese dejada en la inclusa. ¿No percibís vosotros des-

garrada conexión entre esa tierra removida, y la anhelante, desesperada petición de uno de los poemillas atrás reproducidos: «O fantasma que m'aterra - axudá-deme a enterrar?»

Ahora bien, no quiero ni debo omitir que el tiempo III del Poema «¡Padrón!... ¡Padrón!» equivale a una especie de zig-zag, de «maniobra de distracción», en las que Rosalía era femeninamente maestra. Ella no se resistía a desahogar, a desembuchar, y al mismo tiempo tendía (por pudor y por galaico astuto instinto) a embarullarlo todo, tanto concienzuda como subconscientemente. Dijérase que se avisaba a sí misma: hay que dejarles huesos muy duros de roer a los posibles policiales eruditos. En ese tiempo III Rosalía llama a las puertas (ya no parecen ser exactamente las del cementerio), en busca de sus antepasados, de sus deudos, quizás de sus amigos. Pero, nadie le contesta: «Vin no mais SOMBRAS ERRANTES - qu'iban e viñan sin son,...» «O triste son d'a campana - [este sonido transporta como un aire de camposanto] - vagaroso a min chegou... - Tocaba a morto POR ELES!...» - ¡Padrón!... ¡Padrón!... - Santa María... Lestrove... - ¡Adios! ¡Adios!». - ¡Prudente Rosalía! ¡Cauta Rosalía! Pero, también, hiper-susceptible la costra de su llaga, eternamente manadora, irrestañable, la sangre de su herida, herida símbolo de la ancha herida dolorosa universal. El poema ha comenzado casi jorge-manriqueño: «Aquelas risas sin fin, - aquel brincar sin delor, - aquela louca alegría, - ¿por qué acabou?». Y luego ha apuntado a noches de amor, a cantares, arpas y guitarras; a deleitosos conciertos vitales. Pero estoy por creer que la almendra del poema —amarga almendra— es el tiempo II. El, I y el III le guardan los flancos, para mejor desorientar a los lectores curiosos impertinentes, a los futuros pesquisidores. En todo caso, conste que cuanto nosotros sospechamos, o sugerimos, son tanteos en las sombras, en las negras sombras. Somos como ciegos que andamos a adivinar entre las cruces y entre las tumbas del alma doliente casi en vida soterrada, de Rosalía.

«A GRANDE SEÑORA» QUE «VAI ENFOUZANDO NA LAMA —O ZAPATIÑO DE SEDA—».

En el «Libro Tercero» de *Follas Novas*, el título, «VARIA», justifica las temáticas mezclas. Tendríamos que detenernos en pasajes de «¡Nin as escuras...!» y dedicar larga, prospectiva atención al formidable poema «A disgracia», en el que Rosalía gana plenamente la difícil batalla del verso blanco o libre, como modernamente, dentro de la Generación del 27, un Luis Cernuda. Y no debemos de esquivar una alusión a este pasaje de «Eu por vos, e vos por outro»: «A linda, a grande señora, - de non vista fermosura, - ¿ond'irá tan a deshora, - n'unha noite tan escura? - VAI EN FOUZANDO N'A LAMA - O ZAPATIÑO DE SEDA...». Esta dama (aunque en este caso casada, condición social que puede atribuírsele apostata, para desviar el verdadero rumbo de la futura atención indagadora y crítica) pudiera tener algo que ver con la «tragedia social» de la madre de Rosalía. Esa dama pudiera ser la correlata pareja del monje de primigenia alma limpa, luego «sumerxida n'ós lodos mundanos», que restalla, como tralla castigadora, en el remate del poema «San Lourenzo», con el que se cierra el Libro Cuarto de «Follas Novas».

EL MUY REVELADOR POEMA «SAN LOURENZO».

De dicho libro, «DA TERRA», nos es forzoso reproducir íntegro el citado poema último, «SAN LOURENZO», *Es texto capital y clave de nuestra tesis*. Nos autoriza (proyectando sobre él las ya aducidas afirmaciones de Moar Fandiño: que la Madre de Rosalía recibió en él lecciones) a suponer, de forma rotunda, ahincadamente, que dicho marco arquitectónico eclesiástico guarda directa relación

con los orígenes vitales de la autora de «Negra sombra». El tiempo I del poema es normal: retrata la situación de quien un día de Primavera siente necesidad de sosiego y busca un lugar refugio, serenador. Y de momento lo encuentra. Luego en la II parte, surgirá lo mágico-simbólico, lo que quedaría ciego, en tinieblas, sin las noticias biográficas difundidas por Moar sin tener en cuenta dicho poema, como a espaldas de él y de otro, altamente corroborante, que pronto aduciremos. Atención ahora a la primera parte de

SAN LOURENZO

I

«O mirar cal de novo n'os campos
iban á abrochá-l-as rosas,
dixen - ¡En onde, Dios mio,
irey á esconderm'agora!
E PENSEI DE SAN LOURENZO
N'A ROBRÉDA SILENCIOSA.

(Talmente como en la vida real le había acontecido a aquella Rosalía que hacia 1865 escribe una carta a su esposo, contándole que ha ido, en un tiempo en que pasaba «momentos bastantes tristes», a visitar San Lorenzo,

N'algun tempo aquês vellos carballos
amostrando sus raíces,
cálva-l-as redondas copas
que xa de musgo se visten,
âs TRISTES almas falábanlles
tan soyo de cousas TRISTES.

O alciprés que direito sé asoma
d'o convento tras d'o muro,
y o lixeiro campanario
cuberto d'herbas e musgo,
d'a devesa, c'o cruceiro
eran cintinelas mudos.

Y aquel Cristo que n'o arco de pedra
abatido á frent'incrina,
soyo, cal s'inda n'o Gólgota
loitase c'o as agonías,
os corazós oprimidos
resignación ll'infundía

E si dentro d'o CRAUSTRO DESERTO
e ruidoso penetraba,

(momento éste en que el poema parece como intuir el posterior «N'o Craustro»)

nunca d'o olvido nu-ha imaxen
vira n'o mundo mais crara,
nin de mais grande SILENCIO
n'a terra vos rodeara.

Y finalmente dos estrofas más. En la primera de ellas advierte (¡oh extraña promiscuidad vegetal!) que entre variadas plantas, favorecidas por la humedad

de la fuente, medraba también «...A MORTE cal fora grata - n'aquel deserto lugare». Y en la otra estrofa repite (el ritornelo y el estribillo van bien siempre a la obsesión) el texto de la primera, que concluye

«...¡En onde, Dios mio,
irey á esconderm'agora!
Y ô bosque de San Lourenzo
me encamiñey SILENCIOSA

Y en el tiempo II se produce el escapismo mágico-patético, la prestidigitación o trastueque del escenario. Lo que era un poema meditativo-paisajístico, de más o menos normal andadura, en línea de romántica estirpe (exaltación de la atractiva belleza de los grandes Conventos abandonados, procura de los Claustros desiertos, que ofrecen a las almas acres y enfermas oasis de calma, puertos de calafateo para el espíritu) va a cambiar de cuadrante. Lo objetivo-subjetivo, pasa a lidiarse al revés: subjetivísimo, generatriz de una ensoñada objetivación. Esta segunda parte (vais a verlo) no dejará de parecernos obra de loco, por nuestro desconocimiento de la cuerda que anuda al poeta con su interior, encantada, y desencantada, cordura. Precisamente de cosa como «de encantamiento» va a tratarse. Primero el Convento (¿ya desamortizado, ya «formalmente vaciado de frailes...?») se transmuta en un centro de caridad o beneficencia. Luego se metamorfosea, y hermosea, en pazo florido, relumbrante de espejos, produciéndonos todo ello la sensación de que asistimos a un cambio de ambientes y decoraciones, a libertades de audaz tramoya (el juego psicológico lo determina) en una representación de Teatro de vanguardia. Y, finalmente, el Arte y el Dolor de Rosalía, aliados, nos llevarán aún más lejos: a una radicalísima rotura con la coherencia y la lógica. Las raras apetencias simbólicas de lo muy personal, inducirán a la poetisa a un símil apriorísticamente descabellado. Pero dispongámonos a reanudar la transcripción del texto, en tanto Rosalía sale de su pasmo. Vuelve en sí, y ya no se encuentra en donde se encontraba, porque ya la acecha —aunque todavía no haya irrumpido— la NEGRA SOMBRA.

II

«¿Ond'estaba o sagrado recinto?
Percibín RUIDOS EXTRAÑOS,
pedreiros iñan e viñan

(aquí se acentúa la sugestión de que se apaga la escena y de que el amparo de la oscuridad se modifican los lindes y circunstancias de la misma)

por aquel bosque apartado.
¡ERA QUE UN-HA MAN PIADOSA
COIDABA OS DESAMPARADOS!

(Estos versos que hemos destacado en mayúsculas, ¿cómo deben de interpretarse...? Los franciscanos —Orden mendicante y caritativa— de San Lorenzo ¿tenían alguna misión semi-hospitalaria...? ¿O acaso tras la Desamortización se organizó en el Convento algún ropero, o «Cocina económica», con la colaboración de damas y señoritas de la buena Sociedad compostelana. ? Cronistas tendrá Santiago que nos sabrán responder. Prosigamos asistiendo al ilusionista proceso de las sucesivas transformaciones del escenario San Lorenzo, ante la traumatúrgica mirada de la visionaria-nerviosa Rosalía:

«D'un-ha ollada medín o interiore...
Todo relumbraba branco,
CADA PEDRA ERA UN ESPELLO
Y O VELLO CONVENTO, UN PAZO
COBERTO DE LINDAS FRORES

Hasta aquí todo va mágicamente bien. Rosalía se siente casi feliz, como una niña grande, que asistiera —estupefacta— a la Fiesta de las mil maravillas. Pero... ¡quia! A la vista del lugar (escenario del mal recuerdo) un cruel, psicológico agazapado resorte, va a poner a funcionar la máquina fabricante de NUBES NEGRAS, de NEGRAS SOMBRAS. La bisagra, el gozne, hacia lo torturador, se monta en el mismísimo verso final de la antecedente estrofa optimista. Rosalía la abrocha así, con estos malos augurios:

¡QUE TERRIBLE DESENCANTO!

Y luego la casi psiquiátrica «experiencia» última:

¡NEGRA NUBE

(Sí, NEGRA NUBE, NO NEGRA SOMBRA, como luego había de reajustar Murguía).

¡NEGRA NUBE CUBREU de repente
os meus ollos ASOMBRADOS

(¿Acaso este ASOMBRADOS no reclama la SOMBRA, como en «SOMBRA que sempre M'ASOMBRAS...»?)

e mais que nunca abatida
FUXINI!... QUE O RETIRO AMADO
PARECEUME A ALMA LIMPA D'UN MONXE
SUMERXIDA N'OS LODOS MUNDANOS.

Y al pie, en la Edición Príncipe de «Follas Novas», esta data: Marzo de 1880», que sospecho más pertenece al cierre general del libro (la dedicatoria del mismo está fechada «Santiago, 23 de febreiro 1880) que a la taxativa cronología de redacción del poema.

Huelga decir que la autónoma y aún caprichosa fuerza del inividualísimo desasosiego rosaliano es de tal calibre que la conduce a uno de los símiles más originales, más sorprendentes, dentro de la Poesía española del XIX. Todo el volumen conventual de San Lorenzo, toda su pesada fábrica, va a reducirse a un pequeño, pero formidablemente presionador «volumen» psicológico individual, a una espiral de espíritu: el alma de un monje, inicialmente limpia; luego manchada en los lodos del mundo. En este instante inevitablemente se nos vienen al oído, y a la pluma, aquellos versos del Libro III de «Follas Novas», en los que una gran señora sale en la noche y

«¡vai enfouzando n'a lama
o zapatiño de seda...!

¡Eterna condición de la agridulce Naturaleza humana...! ¿Quién, salvo algún que otro espíritu simplón, o puro (y éste en el planeta Mundo está de más!) no ha metido a lo largo de su vida, alguna vez, el raso en la mierda...? No seamos fariseos, ni hipócritas. Yo confieso por mi parte que bien sabe Dios que no me interesarían nada los aspectos privados de las vidas de los padres de Rosalía, y los de ésta, sus amigos y su esposo, si las obras (prosa y verso) de la gran escritora no

fuesen, abusivamente, escandalosa, aunque también púdicamente, auto-biográficas. Mientras no conozcamos las interioridades e intimidades rosalianas (y me temo que ya se han roto muchos papeles en torno a ellas y que aún se seguirán rompiendo) careceremos del «Santo y seña», de las palabras cabalísticas para, encarándose con los poemas herméticos de Rosalía, decirles, con la seguridad de que vamos a ser atendidos: ¡Sésamo, abrete...!

Aunque este trabajo va resultando —por su índole analítica— muy extenso, de ningún modo puedo dejar sin especialísimo comentario los versos

NEGRA NUBE CUBREU de repente
os meus ollos ASOMBRADOS,

¿Acaso Rosalía pensó primero en escribir «NEGRA SOMBRA ANUBROU [equivalente a ASOMBROU] de repente», y luego dio marcha atrás...? Pudiera ser. Esta expresión tiene apariencia conceptual y auditiva de brote espontáneo. La aparecida en la edición Príncipe es menos sedosa y sugestiva, menos fonéticamente agaradora, menos rica en contrastes. Suena a expresión remendada, parcheada, por ulterior decisión de querer, ocultar algo, de sufrir ella menos al «paladear» el verso. «NEGRA NUBE» los arranques Ne y Nu se apelmazan entre sí y en cuanto a CUBREU áspero vocable, en que se atraganta el diptongo eu musicalmente no cubre bien la nube. En este caso (que tal vez es de lo que se trata) más bien la encubre: a la nube, y con ella A LA SOMBRA. En relación con este punto os remito a una estadística que va al final. Por ella vereis que a lo largo de toda su obra en verso nuestra poetisa se dedicó a movilizar SOMBRAS y más SOMBRAS, y a prodigar los adjetivos NEGRA y NEGRO. Pero los usó con cautela, POR SEPARADO, a lo más dejándolos en peligrosa proximidad. Dijérase que son dos palabras muy cargadas de alta tensión, dos polos horribles, y que ella rehuye unirlos, por miedo de que al hacerlo se produzca una descarga que le funda los ya muy castigados plomos. Parece como si ella se hubiera dicho de una vez para siempre —y por una sola vez— he casado sustantivo y adjetivo tan escalofriantes: en «Cando penso que te fuches - NEGRA SOMBRA QUE M'ASOMBRAS».

UN AUTOGRAFO DEL POEMA «SAN LOURENZO».

No obstante yo he tenido curiosidad por saber si entre los papeles rosalianos que se conservan en la Academia Gallega, o entre los que posee el viejo y buen amigo Juan Naya, existe algún autógrafo rosaliano de dicho poema: de «San Lourenzo». El Bibliotecario de dicha Corporación me atendió hace años, con su habitual espíritu colaborador. Hay en efecto un autógrafo, parece ser que de puño y letra de Rosalía. Está al dorso o en las márgenes (¡que doliente coincidencia!) de una esquila mortuoria. Desgraciadamente ésta no lleva fecha, pero supone una pista para poder averiguar la cronología, al menos aproximada, del autógrafo. Pues bien, en dicho texto se mantiene la versión de la primera edición de «Follas Novas»:

«¡NEGRA NUBE CUBREU de repente»

Muere en 1885 Rosalía, transcurren los años. En 1908 y 1909 se reimprimen en Madrid dos ediciones (creo recordar que se trata del aprovechamiento del mismo plomo tipográfico) de «Follas Novas». Y el antedicho verso aparece expresivamente reajustado (hay que suponer que por decisión de Murguía) del modo difundido en la posteridad:

«NEGRA SOMBRA ANUBROU de repente
os meus ollos ASOMBRADOS,»

Desde un ángulo de contemplación, si suponemos que a tal fórmula expresiva es Rosalía ajena, quizás nuestra tesis se resienta, si bien levemente. Pero desde otro plano de consideración la modificación introducida puede estimarse reveladora. Murguía, el esposo de la poetisa, el que más de una vez no quiso llevar a Rosalía a San Lorenzo, sabe muy bien lo que a partir del año de la triste revelación, de saberlo ella TODO, representaba ese Convento para su mujer. Por eso una vez que ella ha muerto, al corregir pruebas de la reimpresión de «Follas Novas», al leer «NEGRA NUBE CUBREU...», quizás (es conjetura) recordó la originaria lección táticamente desechada por Rosalía, y tal vez exclamó: «¡qué «NEGRA NUBE CUBREU...», «¡NEGRA SOMBRA ANUBROU...!» ¡Si no sabré yo lo que pasaba por dentro de Rosalía y congelaba el interno fluir de su sangre, y le oscurecía, le ENSOMBRECIA el horizonte, cuando visitaba el Convento de San Lorenzo, o se acordaba de él, o, simplemente, lo mentaban ante ella!

EL INTERNAMIENTO «N'O CRAUSTRO» DE SAN LOURENZO. UN NUEVO POEMA CON CLAVE, REFORZANTE DE LA TESIS MOAR, LITERARIO-ROSALIANAMENTE ILUSTRADA POR MI.

En el «Libro Quinto» y último, de «Follas Novas», con título tan dolorosamente expresivo (respecto a las esposas de los emigrantes) como «AS VIUDAS D'OS VIVOS E AS VIUDAS D'OS MORTOS» a cinco poemas que responden a tan angustiado y original título, suceden otros enraizados en diversos motivos inspiradores. Pero hacia el centro de dicho postrer libro surge una nueva gran pieza favorable a nuestra tesis, un poema que en punto a sesgo vivencial y a intención simbólica equivale a una repetición —retornado obsesionado— de «SAN LOURENZO». Vamos a reproducirlo:

N ' O C R A U S T R O

«Dábanse bico-l-as pombas,
voaban as anduriñas,
xogaba o vento c'o as herbas
pobradas de margaridas,
y as lavandeiras cantaban
méntra-la fonte corría.

(Recordemos que por las inmediaciones del Convento de San Lourenzo circulaba —y creo seguirá fluyendo— un arroyo al que las mujeres de los contornos acudían a lavar la ropa)

«Fórons'indo un-ha trás d'outra,
y ALI SE QUEDOU SOIÑA,
c'a triste frente incrinada
cabe un-ha arcada SOMBRISA...

Es en este momento cuando la vividora y sentidora (y más aún sufridora) de este poema, en lo nuclear la propia Rosalía, comienza a sentirse acechada, por mor del «sitio», por acibarados recuerdos. Los demasiado humanos progenitores de Rosalía, que parece protagonizaron allí, en 1835-36, pasionales episodios, van a surgir perturbadores (sobre todo él), van a romper la tranquilidad de aquel escenario que hacia 1865 encantaba a Rosalía, degustadora de su «inmenso silencio». Con tristeza en la frente apoyada en un arco sombrío, refiere:

«Estonces NON SEY QUE SOMBRAS,
quizais de MEMORIAS VIVAS,
quizais D'OS FRADES DIFUNTOS,

(recordad, del poema «San Lourenzo», la alusión «a alma limpa D'UN MONXE»).

pasar en procesión mística
veu, NAQUELAS SOLEDADES,
QUE AMABA CANTO TEMIA».

(De nuevo el doble, antitético, complementador movimiento de ánimo, la alternancia de encontrados sentimientos; aquel talante que había sumido en perplejidades, en oscilaciones, hasta en bandazos psicológicos, a Rosalía, cuando muerta su madre evoca a ésta, para a la vez idoltrarla y recriminarla. Hay razones y para suponer que a LA SOMBRA de su padre le dispensaba parecido trato. Y, aunque aún la temía más, no dejaba de darle cara, con hirsutos e irritados modales. ¡Lástima no conocer fotografías del padre de la gran agónica! Podrían resultarnos preciosas. Viéndolas podríamos intentar reconstruir el encuentro frontal con su hija, que González Alegre (poniendo boca en Bouza Brey) dice llegó a producirse. El comportamiento psicológico-literario de Rosalía ante la evocación de su padre puede suponerse que en parte dependió, que estuvo condicionado, por el gesto que él la puso, la luz con que la miró, la voz con que se dirigió a ella. ¿Observaba con ironía o hipócritamente el Señor Martínez Viojo, o quien fuera? ¿Acertaba a hacer compatible en su rostro el mirar con nobleza, de frente, y al mismo tiempo con ternura y humildad, como queriendo —por pudor— bajar la vista...? Todos estos matices pudieron haber sido decisivos, dada la hipersensibilidad del alma de Rosalía. Yo estoy por creer que al carácter de ésta le iba que su «responsable biológico» no se anduviese por las nubes, y con llaneza, con arrancada de alma y fondo de corazón, remangándose los hábitos se lanzase un día a abrazarla y a decirle: «Rosalía, yo soy tu padre». Pero cumple que nos restituyamos a la línea del poema «N'o craustro», cuando la desventurada del Sar comienza perder, dentro del sedante claustro, el equilibrio interior:

«TEMBROU D'ANGUSTIA e de pena,
e con AMARGA SORRISA,
mirando o xasmín sin follas,
qu'iban a brotar axiña,
marmurou mentras d'os ollos
as bagullas lle caían:
Todo volve, todo torna,
MENOS O'BEN QU'EU QUERIA:

¿A quién se refiere ahora Rosalía...? ¿A su madre muerta...? ¿A un amor que ella —la poetisa— tuvo acaso en su juventud, y relacionado con los contornos —los exteriores— de San Lorenzo...? Mas difícil nos parece que con técnica de psicológica sustitución esté haciendo de su madre la protagonista del poema. Es este un momento en que, como en tantas otras veces, Rosalía decide desorientarnos, o lo hace sin querer, al dictado de su auto-defensivo subconsciente, Nos desvía del «cauce argumental», haciéndonos creer que pasa a recordar un amor pre-murguiano, el de sus días del Liceo de San Agustín, y de la amistad con Aguirre, y OTROS poetas y escritores. Pero (insistimos, aunque ello es menos probable) tampoco debemos de renunciar a la posibilidad de que en esta racha o pasaje la «protagonista» del poema sea la madre de Rosalía. Hipótesis que se me desmorona al considerar que doña María Teresa y «en nombre de ella» su hija, no estarían muy interesadas en hacer Literatura (aunque fuese trágica y experimental Literatura, más bien Vida), en torno a un episodio socialmente nefando, que no había porque añorar, sino más bien proscribir de la memoria,

aunque a ello —¡fatalidad!— se oponía la grandeza y la servidumbre de recordar. Pero hay que retomar otra vez el hilo:

«Todo volve, todo torna,
MENOS O BEN QU'EU QUERIA:
todo, todo aquí se queda
EU SOYA VOU DE FUXIDA»

LA FUGADA Y DE TODOS: ROSALIA.

En los versos que acabamos de transcribir de nuevo se perfila como INEQUIVOCA PROTAGONISTA DEL POEMA, como única negra sangre alimentadora de las arterias de los versos, ROSALIA, criatura siempre alertada, a la defensiva, en fuga. Fuga de sí misma, del pasado, del mundo, de la Sociedad. Incluso errante y pérdida a través de la Naturaleza. La Rosalía por todo y todos engañada: por los padres, que la negaron; por los pájaros, las plantas y las fuentes, que murmuraron al verla pasar, y encima exclamaron de ella: «Ahí va la loca...»; por las olas, que un día le hicieron creer que se la iban a llevar consigo, liberándola, y luego la burlaron, salpicándola con mendaces espumas. La Rosalía en la que mil veces se ha ensañado la NEGRA SOMBRA y que ha llegado a rizár el rizo del no más allá, como sujeto pasivo de ajenos crueles sarcasmos, puesto que incluso ha creído sorprender muecas de inofa —a ella dirigidas— en figuras del Pórtico de la Gloria, de la mismísima Gloria).

Va de huída Rosalía —también de despedida— por los Claustros de San Lourenzo. Porque teme, intuye, que va a ser víctima de un nuevo inminente asalto de la SOMBRA:

«Non ey de vervos mais, frores,
adorno d'esas cornisas,
nin á oir os teus marmurios
fonte que a gozar convidas,
nin a contempravos, pedras,
TESTIGOS D'A PENA MIÑA,
outros virán profanarvos,
mentras eu morro esquencida».

«O TRASNO DO CONVENTO» Y A MENIÑA ORFA.

Rosalía, monologando, despidiéndose en el tono que antecede, ha pecado de lenta, de morbosamente consumida en su propio fuego. Es un pedazo de Naturaleza humana puesto a «cismar», a atormentarse a sí mismo. Eso —quien lo dijera— la «entretiene», y no le deja margen para ponerse a salvo. Antes de abandonar el Claustro (quién sabe si antes de abandonar el materno no le sucedió ya lo mismo) es martirizada, envuelta por la NEGRA SOMBRA del pretérito, crecida hacia al presente, devoradora del futuro:

«Sonaron pasos n'as bovedas,
soprou un-ha forte brisa,
OYEUSE UN-HA CARCAXADA,
CAL SI D'O INFERNO SAIRA:
ERA O TRASNO DO CONVENTO,
QUE RECORDAND' outros DIAS,
RIASE D'AS ANSIAS NEGRAS
E DA ORFANDA D'A MENIÑA».



Como veis, este desenlace (para mí bastante claro y congruente si arrojamos sobre él la luz de las afirmaciones 1920 de Moar) es extrañamente equiparable al del poema «San Lourenzo». Este, y «N'O CRAUSTRO», saltan movidos por un mismo resorte. En sus primeras partes responden a un normal itinerario. Pero al final se les quiebra el rumbo, «entran en barrena», desembocan trágica-estramboticamente, haciendo crecer los niveles de la ironía y el sarcasmo a pleamares de humor desgarrado y negro. Y no cabe duda de que esos finales tan «sui generis» son así precisamente porque responden, obedecen, a vivencias hondamente personales. Solo los entendemos si varios golpes de suerte (en mi caso haber pegado con el artículo 1920 de Moar, y años más tarde con la carta autógrafa de Rosalía a Murguía y en una ocasión quedar muy vecinas el repaso de dichos textos y la relectura de los poemas «San Lourenzo» y N'O craustro); repito que solo puede transitarse el Laberinto de tales versos, si un cúmulo de azares ponen en nuestras manos las claves autobiográficas, episódico-humanas, que nos permitan diafanizar el espíritu de letras en principio tan tercamente oscuras.

Y huelga decir que para nosotros ese «TRASNO D'O CONVENTO», que se ríe «d'a meniña» orfa, no es otro que O MONXE de conducta limpia («San Lourenzo») que un día encenagó su alma en los lodos del mundo, y que tal vez, mira entre las sombras de la noche como «un MOUCHO», aquel al que, en un momento de reacción valerosa, Rosalía, o su madre, gritaron desafiadoras: «NON CHE TEÑO MEDO». Ahora bien, a veces se me ocurre pensar que los recuerdos que el Convento de San Lorenzo desencadena en el alma de Rosalía pudieran ser bi-polares, de doble signo, aceptando lo cual se aclararían no pocas confusas lindes. Cabe que la poetisa hubiera tenido en su juventud relaciones amorosas (retornan las SOMBRAS de Aguirre, de Corzo, del propio Murguía, etc.), paisajísticamente enmarcadas por la zona de San Lorenzo y sus contornos, aunque entonces resulte raro que en mil ochocientos sesenta y tantos aún no haya visitado el Convento. Ahora bien, en relación con estas cábalas creo recordar que al hacer Murguía, en «Los precursores», (no tengo a mano este libro) la semblanza de Aguirre, lo describe aficionado a tales latitudes del entorno compostelano. Cabe —insisto— lo que acabo de esbozar y que más tarde Rosalía (entre 1872 y 1878) hubiera averiguado lo peliagudo y sobrecogedor, afectante directamente a ella misma: que allí, en el Convento (en 1835-36) su madre, doña María Teresa, había sido seducida, o tentó aquí, (vayan ustedes a saberlo...!) a un sacerdote.

EL DEMASIADO ENVUELTO EN SOMBRAS SEÑOR MARTINEZ VIOJO.

Se ha dado en decir (creo que el laborioso Caamaño Bournacell fue quien empezó a descorder los velos) que ese sacerdote se llamaba don José Martínez Viojo, y que había nacido en 1798. No sé si podrá alguien aducir (aparte las confesiones generacionales y de lo que se llama tradición familiar, que por implicar ser juez y parte resulta a veces fuente turbia, o enturbiadora, de poco fiar) documentos comprobatorios de tal versión. En principio yo no tengo porque oponerme a esa ya generalizada tesis, que nos ha «gaseado» a todos, pero no os oculto que quisiera conocer satisfactorias pruebas documentales. Ya se nos han ido dos personas bastante peritas en la materia: Bouza Brey, y en punto a precisiones genealógicas Caamaño Bournacell. De don Fermín conservo carta que me dirigió el 5 de diciembre 1967, y tengo interés en difundirla, precisamente porque en ella se opone a mis puntos de vista. En uno de sus párrafos me advierte: «El padre de Rosalía NO HA SIDO NUNCA FRAILE NI EN SAN LORENZO DE TRASOUTO NI EN NINGUN OTRO CONVENTO [entre paréntesis yo aclaro que pudo haber estado eclesiásticamente relacionado con dicho Convento, inmediatamente después de la excomunión desamortizante]. Fue un simple sacerdote, capellán de Iria y nada más. POSEO EL CURSO DE SU VIDA SACERDOTAL, y de su vida privada SOLAMENTE SE ME ESCAPA LA PARTIDA DE DEFUN-

CIÓN QUE NO HE HALLADO A PESAR DE MIS PESQUISAS. DESECHE VD. bajo mi absoluta responsabilidad EL SUPUESTO, Y NO FUNDE EN EL LOS POEMAS [ya os supondreis que se trataba de «San Lorenzo» y «N'o Craustro»] de que habla».

No debó tampoco ocultar que a veces me invade la remota sospecha (soy muy desconfiado) de si Martínez Viojo (¡su nombre irrumpe demasiado tarde en el controvertido pleito de origen de Rosalía!) no será testafarro, o tapadera, de otro apellido que esté reamente vinculado a la paternidad de Rosalía. No se me oculta que estoy pecando de archi-temerario, pero algo me da que pensar «el aludido Sr. T...» del artículo de Moar Fandiño. Años después de comunicar yo a Bouza las investigaciones del citado Profesor de la Normal de Santiago, respondiendo a carta mía, don Fermín me alertaba, en la misma misiva atrás traída a colación: «Yo no sé si conoció Vd. a Moar. Yo mucho. Era un enfermo síquico, extraño y NO SE SI PERVERSO. etc.». Yo —la verdad— aunque siempre he valorado mucho los juicios histórico-críticos del autor de «Nao senlleira», juzgo apasionado y exageradísimo su dictamen acerca de Moar. Yo también le conocí de 1931 a 1934, en la Biblioteca Geenal de la Universidad de Santiago. El espontáneamente vino a mí, al saberme nieto de Fierros. Lo encontré ligeramente, raro, socialmente esquivo. Lo atribuí a un «innoble», por antiestético, grandísimo tumor o lobanillo que emergió de una de sus sienes. Pero nada más. Y ahora —septiembre 1975— el Sr. Vales Villamarín, que fue su discípulo entre 1912 y 1916, me informa que de «perverso», nada. Que era un poco raro, profesor muy entusiasta en su Magisterio, y que ya entonces se mostraba preocupadísimo por el doble tema: Murguía-Rosalía. Y me informó que no creía a Moar capaz de inventar por inventar.

Queda todavía advertir que aun se localizan en «Follas Novas» otras composiciones de onda doliente, de irradiación medrosa, como «Basta un-ha morte», «As torres d'Oeste» (donde reaparece la proclividad al suicidio de Rosalía), cerrándose la serie, y con ella la obra, con un breve poema, ajustado al título de la serie —tema de emigración— en el que lleva la voz y habla por dos ausentes de la tierra gallega. El uno consuela al otro al predecir que encontrará descanso al retornar al natal predio, pero

«y eu tan soyo N'A MORTE o hei d'atopar».

Convicción, evidencia, que Rosalía podría auto-apropiarse, ya que parece que nació para enfermar de vivir y sólo en la muerte encontrar curación.

ALUSION A «EN LAS ORILLAS DEL SAR». CURVA ESTADISTICA DEL EMPLEO DEL ADJETIVO NEGRA Y DEL SUSTANTIVO SOMBRA EN LA OBRA EN VERSO DE ROSALIA.

Quede para otra ocasión el hacer público el rastreo del tema «NEGRA SOMBRA» en el libro castellano de la madurez rosaliana: «EN LAS ORILLAS DEL SAR», crepúsculo del precedente Romanticismo, superándolo por todo lo alto, y aun más por lo entrañable y profundo, y orto técnico-estrófico del Modernismo peninsular.

Por hoy constriñámonos a dar (que es «deporte» analítico muy a a la moda) una curva estadística del empleo de los adjetivos NEGRA y negro y de los sustantivos SOMBRA y sombras, en la obra literaria en verso de Rosalía. Servirá para comprobar como fue una obsesión creciente, venida del ayer, alargada hacia el mañana, como cuando en la noche se avanza por una calle media luz y la orientación de esta promueve que nuestra sombra crezca hacia adelante, como si amenazase subsumirnos en ella, engullirnos al ritmo de nuestro avance.

CIÓN QUE NO HE HALLADO A PESAR DE MIS PESQUISAS. DESECHE VD. bajo mi absoluta responsabilidad EL SUPUESTO, Y NO FUNDE EN EL LOS POEMAS [ya os supondreis que se trataba de «San Lorenzo» y «N'o Craustro»] de que habla».

No debo tampoco ocultar que a veces me invade la remota sospecha (soy muy desconfiado) de si Martínez Viojo (¡su nombre irrumpe demasiado tarde en el controvertido pleito de origen de Rosalía!) no será testafarro, o tapadera, de otro apellido que esté reamente vinculado a la paternidad de Rosalía. No se me oculta que estoy pecando de archi-temerario, pero algo me da que pensar «el aludido Sr. T...» del artículo de Moar Fandiño. Años después de comunicar yo a Bouza las investigaciones del citado Profesor de la Normal de Santiago, respondiendo a carta mía, don Fermín me alertaba, en la misma misiva atrás traída a colación: «Yo no sé si conoció Vd. a Moar. Yo mucho. Era un enfermo síquico, extraño y NO SE SI PERVERSO. etc.». Yo —la verdad— aunque siempre he valorado mucho los juicios histórico-críticos del autor de «Nao senlleira», juzgo apasionado y exageradísimo su dictamen acerca de Moar. Yo también le conocí de 1931 a 1934, en la Biblioteca Geenral de la Universidad de Santiago. El espontáneamente vino a mí, al saberme nieto de Fierros. Lo encontré ligeramente, raro, socialmente esquivo. Lo atribuí a un «innoble», por antiestético, grandísimo tumor o lobanillo que emergió de una de sus sienes. Pero nada más. Y ahora —septiembre 1975— el Sr. Vales Villamarín, que fue su discípulo entre 1912 y 1916, me informa que de «perverso», nada. Que era un poco raro, profesor muy entusiasta en su Magisterio, y que ya entonces se mostraba preocupadísimo por el doble tema: Murguía-Rosalía. Y me informó que no creía a Moar capaz de inventar por inventar.

Queda todavía advertir que aun se localizan en «Follas Novas» otras composiciones de onda doliente, de irradiación medrosa, como «Basta un-ha morte», «As torres d'Oeste» (donde reaparece la proclividad al suicidio de Rosalía), cerrándose la serie, y con ella la obra, con un breve poema, ajustado al título de la serie —tema de emigración— en el que lleva la voz y habla por dos ausentes de la tierra gallega. El uno consuela al otro al predecir que encontrará descanso al retornar al natal predio, pero

«y eu tan soyo N'A MORTE o hei d'atopar».

Convicción, evidencia, que Rosalía podría auto-apropiarse, ya que parece que nació para enfermar de vivir y sólo en la muerte encontrar curación.

ALUSION A «EN LAS ORILLAS DEL SAR». CURVA ESTADISTICA DEL EMPLEO DEL ADJETIVO NEGRA Y DEL SUSTANTIVO SOMBRA EN LA OBRA EN VERSO DE ROSALIA.

Quede para otra ocasión el hacer público el rastreo del tema «NEGRA SOMBRA» en el libro castellano de la madurez rosaliana: «EN LAS ORILLAS DEL SAR», crepúsculo del precedente Romanticismo, superándolo por todo lo alto, y aun más por lo entrañable y profundo, y orto técnico-estrófico del Modernismo peninsular.

Por hoy constriñámonos a dar (que es «deporte» analítico muy a la moda) una curva estadística del empleo de los adjetivos NEGRA y negro y de los sustantivos SOMBRA y sombras, en la obra literaria en verso de Rosalía. Servirá para comprobar como fue una obsesión creciente, venida del ayer, alargada hacia el mañana, como cuando en la noche se avanza por una calle media luz y la orientación de esta promueve que nuestra sombra crezca hacia adelante, como si amenazase subsumirnos en ella, engullirnos al ritmo de nuestro avance.

1857. «LA FLOR»:

- 12 veces SOMBRA, una sombra que aún se proyecta semi-amable.
- 4 veces el adjetivo NEGRO O NEGRA.
- 11 veces la nihilista palabra NADA, maciza de SOMBRAS.

1862. «A MI MADRE»:

- 6 veces SOMBRA
- 3 veces SOMBRISO
- 3 veces NEGRO.

1863. «CANTARES GALLEGOS» (pese a ser libro predominantemente optimista-vital, ya en él empiezan a espesarse las SOMBRAS):

- 20 veces SOMBRA
- 6 veces SOMBRISO
- 24 veces NEGRA.

1884. «EN LAS ORILLAS DEL SAR»:

- 31 veces SOMBRA
- 10 veces SOMBRIO
- 21 veces NEGRA.

EN OTROS POEMAS SUELTOS:

- 8 veces SOMBRA
- 7 veces SOMBRA, en la versión castellana, hecha por la propia Rosalía, del poema «Nin a escuras».

NEGRO Y SOMBRIO BALANCE TOTAL:

- 92 veces SOMBRA O SOMBRAS
- 32 veces SOMBRIOS y SOMBRISOS
- 104 veces NEGRA O NEGRO.

No respondemos de la rigurosísima exactitud de esta estadística. Pudo alguna SOMBRA írsenos al cielo, o quien sabe si al infierno (y ¿por qué no al limbo...?). Además, no siempre sombra y negro caen dentro del área del espanto psicológico: reino de la NEGRA SOMBRA.

Próximamente daremos cómputos de otras palabras representativas del mundo expresivo rosaliano. De momento, y para los que gusten (me encuentro entre ellos) de relacionar a Rosalía con Bécquer (6) quizás les agrade saber que un vocablo predilectísimo de ambos ha sido ALMA. Y también CORAZON. ¡Cómo que los dos le pusieron CORAZON Y ALMA a la acartonada y retórica versificación de nuestro siglo XIX...! Con la ventaja, a favor de Rosalía, de que su pro-

(6) En julio 1944 publiqué en «Informaciones» de Madrid dos artículos titulados «Una cima de la lírica del XIX... Rosalía de Castro» en los que anoto bastantes de los nexos que entre ambos líricos pueden encontrarse. Pues bien, hasta críticos que demuestran haberlos leído atribuyen luego a la meritoria Sister Mary Pierre Tirrell («La mística de la Saudade. Estudio de la poesía de R. de C.» 1952) observaciones antes formuladas por mí. Debo atribuirlo a una «frivolidad onomástica»: a que bibliográficamente luce más es más técnico, referirse a una fuente, erudita extranjera.

blemática de la vida del hombre individual y comunitario intemporal y no eterno, es mucho más vasta y de hoy; y de que ella supo entranarse, a fondo, en el Paisaje; que ensayó muchísimas más novedades técnico-estróficas, y de que su Dolor fue más escarbador y convulsivo, e intérprete del universal. En relación con esto último ella ha sido deudora (de seguro que lo reconocía) a la implacable NEGRA SOMBRA. ¡Oh, cuán dolorosamente la marcó en el trágico juego de la vida...! ¡Ella resultó psíquicamente perjudicada. Favorecidos: la Literatura, y nosotros, los lectores...!

CONCLUSIONES :

1.^a El Convento de San Lorenzo está DIRECTISIMAMENTE RELACIONADO con los orígenes de Rosalía y era mole conventual, centro arquitectónico-eclesiástico emisor, que provocaba en su alma y en sus ojos la irrupción de la NEGRA SOMBRA, o al menos su más amenazante y pavoroso adensamiento.

Esta es conclusión CATEGORICA, corazonada compatible con la razón y no carente de ya expuestas y coincidentes razones, a la que sólo renunciaré cuando los que salgan a contradecirme (que los habrá, y, además, LOS DESEO) me opongan tantas pruebas en contra como las que yo he aducido en algunas de las contadísimas ocasiones en que se han acordado de mí; en pro. Pero —¡por favor!— que no me vengan con «pijaditas», como en otras ocasiones; o cazándome los fallos y hurtando el reconocimiento de los aciertos; o no entendiendo lo que digo; o citándome fragmentariamente, para mejor llevar las aguas a sus rumbosos y ruidosos molinos. Mis concatenados argumentos, con algo de rompecabezas no mal armado, invita a que le opongan concreciones documentales y no, simplemente, sutiles abstracciones, con muchas citas despampanantes, al alcance de cualquier habilidad de lucimiento. Menos toléro que se me echen encima criterios de PRESUNTA ALTA AUTORIDAD. Razones y pruebas documentales es lo que me gusta. Y ante ellas yo rectifico, facilísimamente, en honor a la Lógica y a la Verdad.

2.^a PARECE (¡ojo, qué sólo digo PARECE!) dibujarse con alguna claridad (depende del crédito que se conceda a las revelaciones de Moar hechas en vida de Murguía) que doña María Teresa Castro, madre de Rosalía, o recibió lecciones en San Lorenzo, o colaboró en dicho Convento, ya desamortizado, en 1835-36, en alguna misión piadoso-benéfica, con posible intervención de Señores eclesiásticos. Un año después (calculo que promediando el mes de febrero de 1837) nacía Rosalía y era bautizada en el Hospital Real de Santiago, (al parecer también Inclusa), el 24 de dicho mes y año.

3.^a En todo caso los estudiosos del tema deben valorar debidamente la confesión epistolar de la propia Rosalía, en carta a Murguía y refiriéndose al Convento de San Lorenzo: «¡Y TU NUNCA HAS QUERIDO LLEVARME ALLI!». Con la particularidad de que no he sido yo, sino Naya Pérez, quien con abstracción de mis tesis exhumó texto tan indirectamente auxiliador de las mismas.

4.^a Mi sincera intención (y no sé si habré acertado a servirla a lo largo de este ensayo) no es defender una posición monocorde, unilateral y exclusivista. Me parecen valiosas y algunas con el gran mérito de no apoyarse en muletillas documentales, y de ligar con la primitiva y eterna vena de la condición humana, casi todas las explicaciones que hasta ahora se han venido dando para esclarecer la «NEGRA SOMBRA» y ver de asediarla con cercos de luz. El hecho de que pueda algún día demostrarse, o aumentar sus cálculos de probabilidad, la tesis de que el nódulo esencial de la condensación de la NEGRA SOMBRA era la figura física (vestida de negro o el halo fantasmal del padre de Rosalía, vestido de negro, y al que acaso ella encontraba también por dentro SOMBRIO, no excluye de ningún modo que en la forja o intensificación de esa SOMBRA inter-

vengan sobresaltos y temores de quien llevó a Rosalía en su vientre; adolescentes frustraciones sentimentales de esta; el resquemor (mixturado con cariño) respecto a su madre; la conciencia de la nada: la impronta del crecimiento en soledad y sin égida paterna; el peso de las generaciones; la congoja existencial; el dolor de vivir; la reflexión (hecha por Rosalía a su esposo) de que somos «sombras de sombras»; los misteriosos imponderables, y etc., etc., etc., puesto que alma y corazón humanos son insondables. Y conste que en ocasiones en que Rosalía se crispa ante ESAS SOMBRAS, cabe suponer que son las de su padre y su madre. Pudiéramos imaginarnos, a lo José Asunción Silva, las sentía proyectarse desde su pasado hasta su futuro, pasando por su presente, como teoría procesional, como una sola sombra, una sola sombra larga...

A D V E R T E N C I A S

1.ª Aún pecando de insistente advierto que el móvil central de esta mi investigación (que en tertulias de cafés, conferencias, y hasta artículos vengo sosteniendo, desde aproximadamente 1946) es atreverme a suponer y luego pretender demostrar, o al menos semi-demostrar, que sin perjuicio de la fertilidad inherente a someter la psiquis de Rosalía (y sus conformantes circunstanciales) a la piedra de toque de los complejos, los psico-análisis y otros sondeos de alma rigurosamente científicos, pero peligrosamente generalizantes, bien pudiera suceder que gran parte de la intensidad obsesiva de su emergencia NEGRA SOMBRA, respondiese a causas más sencillas y elementales. Tal vez quepa medirla con raseros más aparentemente mostrencos y prosaicos, menos teórico-intelectuales, pero más insertos en la simple condición de ser hombre y más vinculados a la humana cotidianeidad, aunque no se oculte que en dicha honda raíz se nutre la Ciencia, para estrujar los zumos.

Aclarando: he pensado que acaso pudiera haber existido un cuerpo físico, de carne y hueso, mondo y lirondo, hecho a las reacciones de todos los días, y portador de un alma-cilicio, irritadora e hiriente, con capacidad de forjar SOMBRAS como NIEBLAS un río, y expresarlas ante los ojos asombrables y el alma estremecible de Rosalía, reduciéndolas (para potenciar mejor, su agresividad) una sola fuerza, la fantasmal, casi tangible visión, NEGRA SOMBRA. Y en ese punto me he fijado, con predilección instintiva, en su padre, siempre tan envuelto en biográficas sombras, tan borroso y escapadizo, hasta el punto de que aún nadie ha dicho cuando murió, y donde está enterrado, como si no hubiese sido verdadera criatura mortal, sino tan solo fantasma burlón, elemento entristecedor de la Naturaleza, verdugo de su hija. Os aseguro que a veces creo oír aquel clamor desesperado, aquella tremenda petición de ayuda de Rosalía:

«O FANTASMA QUE M'ATERRA
AXUDADEME A ENTERRAR»

y siento la sensación de que ese fantasma sigue insepulto, envolviendonos a todos los rosalianos, mientras no demos con la partida de defunción (evidencia de que de veras ha sido inhumado) del padre de Rosalía (7).

En el artículo de Moar Fandiño «Negra Sombra» (1920), tantas veces citado (en compensación a que a lo largo de tantos años nadie o casi nadie se haya acordado de él) aquel travieso más que malvado hurgador aduce algunas coplas populares que cree guardan relación con el misterio biográfico Rosalía. Unas ya las hemos aducido. Demos (no dejan de tener interés) las restantes. Vais a ver cómo incluso en ellas se ironiza (recuerdo, una vez más, que Moar las airea cuan-

(7) Redactado este texto veo, con satisfacción que en la segunda edición (muy aumentada) de la «Historia de la Literatura Gallega Contemporánea» de Carballo Calero éste, por fin, da la fecha de la muerte de Martínez Viojo: 1870. ¡¡¡Ya está enterrado el fantasma!!! ¿Acaso la negra sombra...?

do vive, aunque ya viejo y casi literariamente licenciado Murguía) con los dimes y diretes populares en torno a que de los sacerdotes casi todos nos consideramos simbólica y generalizadamente, evangélicamente, hijos:

*«Para todos fuiste padre,
y padrastro para mí.*

No he conocido a mi padre
¿quién me dará en este mundo
el querer que a mí me falte?
Tengo el corazón más negro
que el cuervo tiene la pluma.
CUANDO ME DIO A LUZ MI MADRE
ME TIRARON A LA CUNA

(Es decir: me depositaron en la Casa Cuna: el hospicio, aunque ya es sabido que en él no quedó internada la recién nacido Rosalía. O al menos así se anota en su partida bautismal).

Y luego el «Sola estoy, sola nací», que ya hemos citado en los inicios de este ensayo ¿Coplas populares? Me suenan a que sí, y a procedencia meridional «sombra de jiguera negra» y a como haberlas visto recogidas en alguna colecta hecha por los padre de los Machado. ¿O coplas inventadas para la ocasión por el propio Moar Fandiño? NO ME PARECE. Tienen el calado, el ritmo y la virtud contagiosa de lo colectivo. No hay sin embargo que descartar algún retoque táctico (para servir a sus personales puntos de vista), a lo del anillo al dedo, por parte de aquel Profesor de la Normal Compostelana. Creo haber leído versos firmados por él. Para completar su ficha diré que políticamente era tradicionalista.

2.^a Quizás la primera vez que en público me referí (aunque tal vez se produjo algo antes) el artículo Moar Fandiño 1920, fue el 21 octubre 1952, en conferencia conmemorativa del Centenario de Barcia Caballero, al anotar el eco en éste del tema «Negra Sombra». De nuevo aludí a él en junio 1965, en el «Mapa literario de Galicia» de «La Estafeta Literaria» de Madrid, en ensayo que no me parece merecedor del absoluto olvido con que ha sido «premiado». Posteriormente, en conferencia dadas en Roma, Círculo Mercantil de Vigo, Ateneo de Madrid, etcétera.

3.^a En mi próxima monografía extensa acerca de Rosalía espero poder añadir nuevas precisiones. En relación con tales esperanzas, pecando un tanto de optimista e ingenuo hago las siguientes

INVITACIONES A LA «PARTICIPACION»

1.^a. Sería decisivo —creo— localizar la documentación procedente de la ex-claustración en San Lorenzo y destino del Convento en los años inmediatamente posteriores. Pudieran conservarse listas de los frailes integradores de la comunidad, y de Profesores y alumnas de esa especie de Establecimiento docente, o Institución benéfico-caritativa tras abandonar los franciscanos, como tal Comunidad, el Convento.

2.^a. Se ruega a los Párrocos de Santiago y Padrón, y a los encargados de los Registro Civiles de dichas zonas, vean si localizan la partida de defunción de don José Martínez Viojo. Y que si algo averiguan tengan la bondad de comunicárnoslo (s).

(8) Este llamamiento ya huelga.

DESAHOGOS, QUE DEJAN DE SER «CONFIDENCIALES»

1.º Creo (ya sé que paso a ser reiterativo) que aunque la **SOMBRA NEGRA** se resiste a ser iluminada, el presente trabajo consigue lancearla de luz, abrirle en el costado brechas hacia el esclarecimiento. O que al menos da pie para que tantos y tantos especialistas rosalianos salgan al palenque, y al fin (¿no les parece que ya va siendo hora?) fijen un poquito de atención sobre los cañamazos rosalianos que con ajenos hilos viene urdiendo, desde 1943, un «eruditón» de Ribadeo.

2.º (Advertencia más que desahogo). En una ocasión dijo Menéndez Pelayo, polemizando creo con Groussac, o correspondiéndose con Pitollet «Todo, lo sabemos entre todos». Yo, más cauteloso y prudente aún, matizo: «**ENTRE TODOS, NOS APROXIMAMOS A SABERLO TODO**».

3.º y último. Un desahogo por el que pido disculpa (ya ha sido advertencia) ¡Llevo treinta años de paciente aguante! Si es cierto que mis investigaciones rosalianas tienen fallos, e incurrir en embarullamientos y faltas de sistema, es todavía más nítida verdad que son las más silenciadas y menos aducidas en el mundo bibliográfico. Yo sé bien por qué, aparte de que reconozca que muchas de ellas están perdidas en el piélago de la prensa diaria y comarcal. No se me perdona —o se envidia— mi cuasi selvática independencia. Carezco de grupo y no pertenezco a más Clan que a uno hermosamente vasto: el Género Humano. Que Cristo y Breogán, y por intercesión de Rosalía, pero no de su negra sombra, me conserven en él. Así sea.

La Coruña, 23 a 26 septiembre 1975

secuentemente al autor a seguir esta misma cuestión en la base de los planteamientos de la geometría de Lobachesvski y Rieman, descubriendo aspectos contradictorios relativos a la nueva geometría y las concepciones de un «espacio-curvo» por lo que a la definición de ciertos elementos geométricos se refiere.

La inclusión de la noción de movimiento, en cierto modo temida por el propio Euclides frente a la escuela eleática, resultará fundamental paradójicamente para restablecer la validez de los postulados de la geometría euclidiana, constituyendo el desenlace de la problemática tan minuciosamente planteada.

Testamento Geométrico constituye, en suma, una revisión a fondo de las principales y más elementales nociones que están en la base de toda especialización relacionada con los principios de la Geometría desde Euclides hasta nuestros días, siendo además un completísimo compendio acerca del tema y sus múltiples implicaciones de interés tanto para el científico como para el filósofo de la ciencia.

El excelente prólogo del Dr. García-Sabell es positivamente esclarecedor de las virtudes del texto, tanto por lo que se refiere a su contenido como a la elegante exposición tan característica de la tónica creadora de Rafael Diez en todas sus obras. T. B.

PROSLOGIO, de Manuel BenavidesLucas. Colección Artesa. Burgos.

¿Hasta qué punto le es lícido acceder al campo de la poesía a un filósofo estructuralista? Resulta un hecho paradójico que algunos poetas entre ellos Poe— hayan estado igualmente dotados para lo lógico como para lo «fantástico». Y digo «paradójico», porque suele decirse que el poeta ha de desencadenar su inconsciente para estar inspirado.

Pues bien, indudablemente, en el presente caso, el estructuralista complementa al poeta, le sostiene frente al dios de sus precipios, le permite también sondearlos desde el plano mítico al teológico, arrancarle verdades «antropológicas» de introspección contundente. Bien lo dice Antonio L. Bouza en su magnífico, aunque breve prólogo: lo religioso, el eros, lo mítico-simbólico, se interpenetran para descubrir la trama del misterio, del destino, para ahondar el sentimiento y sus energías verdades aunque vayan vestidas de silencio.

En la estructura estilística se advierte el manejo de un léxico preciso, ajustado, brillante y oscuro a la vez, pero lo suficientemente alejado del creacionismo como para darnos la hora de nuestra realidad. A veces el hilo causal se salta escalones de versos, de descansillo en descansillo, y alcanza fuerza y consecuencia intermitente: «rompimos a pedradas el reloj /.../ tú eres yo soy tu la fiesta sigue /... se ayuntan los perros con la luna /...».

Resulta también de excelente dominio la disposición letrista y visual de poemas como «Asunción», «Octopoemas», técnica tan expresiva de la escuela formada en torno a Artesa.

El contenido-religioso-testimonial del libro ha merecido justamente el Primer Accésit al II Certamen Internacional de Poesía Religiosa. T. B.

AUTORALES (MAXIMARIO), de Mario Angel Marrodán.

Marrodán es autor nada menos que de 70 obras publicadas en las más diversas colecciones poéticas de la península y aún del extranjero. Entre esas producciones aparecen con relativa frecuencia últimamente libros en lo que expresa su pensamiento sobre el arte por medio de aforismos, máximas, setencias no siempre plenamente inteligibles, pero si las más de las veces sorprendentes por la exposición rotunda de verdades que sólo podrían ser expuestas rozando la greguería.